

Con el declive de las corrientes revolucionarias de inspiración marxista leninista y el paso a la influencia del anarquismo insurreccionalista italiano en la teoría y la praxis revolucionaria actual, los movimientos anticapitalistas han entrado a un momento de reestructuración de sus lógicas político-organizativas. Nuevas tensiones aparecen y otras viejas resurgen dentro de las dinámicas de la lucha social. Frente a la atomización interna del movimiento revolucionario, surge la posibilidad de establecer vínculos solidarios entre los luchadores sociales de todo el mundo a través del uso de las nuevas tecnologías. Conceptos como “identidad de clases” o “sujeto popular”, se diluyen erosionados por el devenir de la historia, y han perdido su validez en términos de su aplicación a una propuesta organizativa. La mayoría de las veces son sólo utilizados como parte de un discurso panfletista, que no es capaz de adecuarse a los tiempos, a la complejización de las relaciones sociales capitalistas.

Dentro de este contexto la corriente comunizadora aparece como un componente enriquecedor en el camino hacia la realización de la comunidad humana y una manera de superar las tensiones existentes en la práctica revolucionaria actual. Hablar de comunización es afirmar que el comunismo existe como movimiento actual, en que la construcción de un nuevo proyecto social se genera desde la transformación de las relaciones sociales en el aquí y el ahora, en función de la superación de la sociedad de clases. La necesidad de la revolución surge por lo tanto desde la búsqueda por reunificar todo lo que ha sido separado por el capital, con la finalidad de establecer relaciones sociales libres de la mediación de la mercancía y de las instituciones.



www.masquepalabras.wordpress.com



HACIA LA COMUNIDAD HUMANA

Comunización y Revolución Social



HACIA LA COMUNIDAD HUMANA

Comunización y Revolución Social

Troploin

Les Amis de 4 Millions de Jeunes Travailleurs

La Insecurité Sociale

Anselm Jappe

Jean Barrot y Francois Martin

Comité Invisible

Desvío Editorial, Verano 2011

Contacto: desvioeditorial@riseup.net

El proyecto Desvío es una propuesta política que fomenta la libre reproducción de literatura crítica como componente necesario para la superación de la sociedad de clases. No reconocemos ninguna norma legal de copyright y apostamos por el pirateo revolucionario y la autogestión. Cualquier motivación por la reproducción total o parcial de este texto es alentada por la editorial.

Índice

Nota editorial.	3
Comunización: Una “llamada” y una “invitación”. Troploin.	5
Un mundo sin dinero. Les Amis de 4 Millions de Jeunes Travailleu.	20
Comunismo. Elementos para la reflexión. La Insecurité Sociale.	38
Las sutilezas metafísicas de la mercancía Anselm Jappe	53
Capitalismo y Comunismo. Jean Barrot y Francois Martin	63
La insurrección que llega. (Extracto) Comité Invisible.	77

14- Ver la obra de Denis Authier y Jean Barrot. La Izquierda Comunista En Alemania, 1918-1921. Ed. Zero-Zyx. 1978, o el más reciente de los mismos autores NI PARLAMENTO NI SINDICATOS: ¡Consejos Obreros! publicado por Ediciones Espartaco Internacional. 2004.

15- “El único valor de uso que puede constituir una oposición al capital es, pues, el trabajo (y más precisamente el trabajo creador de valor, es decir, productivo). Esta observación, hecha por anticipado, merece ser desarrollada ampliamente cuando llegue el momento.” (Grundrisse)

16- Marx elaboró una crítica de la política (véanse El rey de Prusia y la reforma social, artículo escrito en 1844, y otras obras tempranas) y contrapuso la revolución “política” a la “social”: aquella reajustaba los vínculos entre los individuos y los grupos, sin que sus respectivas formas de actuar se vieran demasiado afectadas por los cambios, y esta actuaba sobre la forma en que los seres humanos reproducen sus medios de existencia, su estilo de vida y su verdadera condición, transformando así el modo en que se relacionan entre sí. Uno de los primeros gestos de rebeldía consiste en oponerse al control ejercido sobre nuestras vidas por instancias superiores, ya sean estas el profesor, el patrón, el policía, el asistente social, el dirigente sindical, el estadista... A continuación interviene la política y reduce las aspiraciones y deseos a una cuestión de poder – ya sea cedido a un partido o ejercido de forma mancomunada. Pero de lo que carecemos es de la facultad de producir nuestra vida. Un mundo en el que toda la electricidad que nos llega procede de gigantescas centrales eléctricas (sean de carbón, fuel-oil o nucleares), siempre quedará fuera de nuestro alcance. Sólo la mente política considera que la revolución es ante todo una cuestión de toma de poder o redistribución, o ambas cosas.

17- “Desde hace mucho tiempo, el mundo sueña con una cosa... no se trata de hacer borrón y cuenta nueva entre el pasado y el futuro, sino de realizar las ideas del pasado.” (Marx, carta a Ruge, septiembre de 1843). “¿Qué es una utopía? Un sueño no realizado, pero no irrealizable.” (J. Déjacque, L’humanisphère, utopie anarchique, [escrito en 1857, año en que Marx empieza la redacción del Capital], existe traducción al castellano El humanisferio : utopía anárquica - Joseph Déjacque. Ed. Tuero. 1990. Madrid).

Travailleur, durante 1975 y 1976.

8- Publicado en la revista Etcétera –Correspondencia de la guerra social, nº 7, julio 1985.

9- Fragmento extraído de Declive y reemergencia del movimiento Comunista. Ediciones Espartaco Internacional. 2003.

10- Elementos fundamentales de la crítica de la economía política, (a los que nos referiremos de aquí en adelante como los Grundrisse, Ed. Siglo XXI, en tres volúmenes), en donde Marx muestra el papel del capital fijo, o cómo el desarrollo de los valores de uso hace absurdo el valor de cambio.

11- “El comunismo se distingue de todos los movimientos que lo han precedido hasta ahora en que... por primera vez, trata conscientemente todas las condiciones naturales previas como creaciones de los hombres que nos han precedido hasta ahora, en que las despoja de su carácter natural y las somete al poder de los individuos unidos.” (La ideología alemana)

12- “La reivindicación socialista cae cuando se suprime uno sólo de sus términos. El criterio de la economía privada individual y personal puede ser superado ampliamente incluso en pleno capitalismo. Nosotros combatimos el capitalismo como clase y no sólo los capitalistas como particulares. Hay capitalismo siempre que los productos son llevados al mercado o, en todo caso, “contabilizados” en el activo de la empresa, considerada como islote económico distinto, incluso importante, al tiempo que la retribución del trabajo se inscribe en su pasivo. La economía burguesa es una economía doble. El individuo burgués no es un hombre, sino una casa comercial. Nosotros queremos destruir todas las casas comerciales. Queremos suprimir la economía doble para fundar una de una sola pieza, que la historia conocía ya en la época en que el troglodita salía a recoger tantos cocos como compañeros tenía en la caverna, con sus manos como único instrumento. Nosotros sabíamos ya esto en 1848, lo cual no nos impide repetirlo con un ardor juvenil.” (Bordiga, Propiedad y capital, Centro de documentación La Vieille Taupe, 1972.)

13- “Esta verdadera comunidad no nace, pues, de la reflexión; parece ser producto de la necesidad y del egoísmo de los individuos o, dicho de otro modo, la afirmación de su existencia misma.” (Marx, Manuscritos de 1844)

NOTA EDITORIAL

Con el declive de las corrientes revolucionarias de inspiración marxista leninista y el paso a la influencia del anarquismo insurreccionalista italiano en la teoría y la praxis revolucionaria actual, los movimientos anticapitalistas han entrado a un momento de reestructuración de sus lógicas político-organizativas. Nuevas tensiones aparecen y otras viejas resurgen dentro de las dinámicas de la lucha social. Frente a la atomización interna del movimiento revolucionario, surge la posibilidad de establecer vínculos solidarios entre los luchadores sociales de todo el mundo a través del uso de las nuevas tecnologías. Conceptos como “identidad de clases” o “sujeto popular”, se diluyen erosionados por el devenir de la historia, y han perdido su validez en términos de su aplicación a una propuesta organizativa. La mayoría de las veces son sólo utilizados como parte de un discurso panfletista, que no es capaz de adecuarse a los tiempos, a la complejización de las relaciones sociales capitalistas.

Dentro de este contexto la corriente comunizadora aparece como un componente enriquecedor en el camino hacia la realización de la comunidad humana y una manera de superar las tensiones existentes en la práctica revolucionaria actual. Hablar de comunización es afirmar que el comunismo existe como movimiento actual, en que la construcción de un nuevo proyecto social se genera desde la transformación de las relaciones sociales en el aquí y el ahora, en función de la superación de la sociedad de clases. La necesidad de la revolución surge por lo tanto desde la búsqueda por reunificar todo lo que ha sido separado por el capital, con la finalidad de establecer relaciones sociales libres de la mediación de la mercancía y de las instituciones.

La dificultad que ha existido históricamente para establecer una reciprocidad entre la estrategia y la táctica revolucionaria, ha tenido lugar a causa de la teorización de una falsa ruptura entre el momento antes y el momento después de la revolución. Para hacer posible que medios y fines sean

coherentes los unos con los otros, es necesario superar cualquier noción del proceso revolucionario como lineal o etapista, en una reapropiación conciente del tiempo presente, y de la historia misma. Comunización implica entonces la liberación actual y constante de la actividad humana en todo su prisma de posibilidades, de la manera en que nos relacionamos, en que producimos los alimentos, en que aprendemos, en que nos recreamos. Hablamos entonces de una liberación de la cotidianeidad, y por tanto, de los espacios en que esta se desarrolla.

Todo esto implica además recomprender la actividad política tal y como la entendemos. Esta existe como un elemento separado, como parte de una sociedad que necesita parcelar la actividad humana, y relegarla a un sector especializado en su división de roles sociales. Al existir la política como una actividad liberada y conciente, esta se traspasa a través de las relaciones sociales, por tanto el problema de la “gestión” dentro de la organización y de los “líderes” que deben dar dirección a las masas descarriadas pasa a desaparecer.

Por último, sólo queda acotar que la praxis revolucionaria debe ser comprendida como un proceso de deconstrucción permanente, en el cual nos reinventamos y nos re-conocemos en el día a día. Este es el motor de su dinamismo, de su originalidad, componente sin el cual esta se queda incapaz de adaptarse frente a la inercia de la historia.

Esta compilación de textos pretende ser un aporte para la comprensión del concepto de comunización, los debates en torno a los que orbita esta corriente y sus potenciales contribuciones para las experiencias revolucionarias.

Desvío Editorial, verano 2011.

NOTAS:

- 1- [<http://meeting.senonevero.net/>] En inglés meeting significa ‘invitación’ o ‘encuentro’ de ahí el título del artículo. meeting.senonevero.net/
- 2- R.Simon, BP 17, 84300 les Vignères. [<http://theoriecommuniste.communisation.net/>]
- 3- Les anarchistes et l'expérience de la Révolution russe, 1921, reproducido en Mémoires d'un révolutionnaire Ed. R. Laffont, Hay una traducción al castellano: Memorias de un revolucionario. Editorial Caballito. 1973. México.
- 4- Se nos objetará quizás con el ejemplo de Marx contra Proudhon (Misericordia de la filosofía, 1847), donde la teoría comunista se precisa y se afirma en oposición. Sin duda. Pero dos años antes, la polémica de Marx contra El Único y su propiedad, precisamente porque sólo intenta refutar falsedades, por no decir absurdidades, pasó por alto lo que hay de importante en Stirner, a pesar de Stirner, para la perspectiva del propio Marx. (Véase. Daniel Joubert, Marx versus Stirner, L' Insomniaque. No hay traducción al castellano). En cuanto al ataque de Marx contra Bakunin, hasta un historiador tan poco anarquista como F. Mehring reconoció hace mucho tiempo la mala fe y la deformación de los hechos introducida por Marx. La demolición de escritos y prácticas efectivamente muy criticables de Bakunin sirvió a Marx para no ver el alcance de las críticas justificadas que el anarquismo dirigía a los sindicatos y a los partidos socialistas nacientes (Véase Bakunin, M.Grawitz. Ed. Calmann-Lévy, 2000. Paris. No hay traducción al castellano). Buenos contra-ejemplos de los méritos de la polémica.
- 5- [<http://lamaterielle.chez-alice.fr>]
- 6- Un monde sans argent: folleto en tres volúmenes publicado por el OJTR a mediados de los años setenta. Fue publicado en castellano por la revista Étcetera. Correspondencia de la guerra social. Hic Salta: revista publicada por ex-miembros de Theorie Communiste (uno de los cuales publicó La Materielle y participa en el proyecto de Meeting), 1998: véase el artículo La question du communisme.
- 7- Este texto reúne algunos fragmentos del libro Un Monde Sans Argent, publicado en tres entregas por el grupo Les Amis de 4 Millions de Jeunes

simple objetivo de una razzia, un puro terreno del estrago y del pillaje. Breves y brutales incursiones llegadas de fuera atacan el lugar de la máxima densidad nacional de flujos metropolitanos. Los hinchidos de rabia son quienes surcan el desierto de esta ficticia abundancia y se desvanecen. Llegará un día en el que esta espantosa concreción del poder que es el capital será completamente destruida, pero esto sucederá al final de un proceso más avanzado por todas partes que allí.

¡Todo el poder a las comunas!

En el metro, ya no se encuentran huellas de las molestas pantallas que dificultan habitualmente los movimientos de los pasajeros. Los desconocidos se hablan, ya no se abordan. Una banda en conciliábulo en la esquina de una calle. Aglomeraciones mayores por los bulevares que discuten gravemente. Los ataques se responden de una a otra ciudad, de un día para otro. Un nuevo cuartel ha sido saqueado y quemado después. Los habitantes de una casa desahuciada han desistido de tratar con el ayuntamiento: la habitan. En un acceso de lucidez, un directivo acaba de liquidar, en plena reunión, a un puñado de colegas. Ficheros que contienen la dirección personal de todos los policías y gendarmes así como el de los empleados de la administración penitenciaria acaban de filtrarse, provocando una ola de mudanzas precipitadas sin precedentes. A la vieja cantina del pueblo, se trae el excedente de lo producido y nos procuramos lo que nos falta. También nos reunimos aquí para discutir sobre la situación general y sobre el material necesario para el taller mecánico. La radio informa a los insurgentes de la retirada de las fuerzas gubernamentales. Un proyectil acaba de destripar la muralla de la prisión de Clairvaux. Es imposible decir si pasó un mes o varios años desde que comenzaron los “acontecimientos”. El Primer Ministro parece muy solo en sus llamadas a la calma.

!

COMUNIZACIÓN: UNA “LLAMADA” Y UNA “INVITACIÓN”

Troploin. 2004

Introducción

Un azar objetivo hizo coincidir en la primavera del 2004 dos tentativas de afirmación de una corriente “comunizadora”. Por un lado, hubo una reunión preparatoria de la revista Meeting(1), reunión en la que se darían cita varias personas que se reclaman de esta corriente -aunque en este caso se trataba sobre todo de gente cercana a Theorie Communiste(2). Paralelamente, y sin ningún vínculo visible con dicho proyecto de revista, apareció un pequeño libro, Appel (“Llamada”), sin indicación de autor ni lugar de publicación, como aporte a las actividades que tienden a la comunización.

Hablar de comunización es afirmar que la futura revolución no tendrá ningún sentido emancipador ni posibilidad de éxito a menos que despliegue desde sus comienzos una transformación comunista en todos los planos, desde la producción de alimentos hasta el modo de comerlos, pasando por la forma en que nos desplazamos, dónde vivimos, cómo aprendemos, viajamos, leemos, el modo en que nos entregamos al ocio, amamos y odiamos, discutimos y decidimos nuestro futuro, etc. Este proceso no sustituye, sino que acompaña y refuerza la destrucción (necesariamente violenta) del Estado y de las instituciones políticas que sostienen la mercancía y la explotación salarial. Esta transformación, que se dará a escala planetaria, se extenderá sin duda a lo largo de generaciones, pero no dependerá de que se hayan creado previamente las bases de una sociedad futura, destinada a realizarse únicamente después de una fase más o menos larga de “transición”. Esta transformación no sería una mera consecuencia de la conquista (o la demolición) del poder político, que posteriormente daría paso a un trastorno social. Ella sería lo contrario de lo que resume la fórmula de Víctor Serge (entonces bolchevique), que escribió

en 1921: “Toda revolución es un sacrificio del presente en nombre del futuro”(3). Para decirlo positivamente: no se trata solamente de hacer, sino de ser la revolución.

Si lo que se llama “corriente comunizadora” designa al conjunto de los que se sitúan en esta perspectiva, formamos parte de ella y consideramos saludable todo esfuerzo colectivo que apunte en este sentido. Sin embargo, rechazamos la invitación a la reunión preparatoria de la revista proyectada.

Encuentro

El acuerdo sobre la comunización es una condición sine qua non para un reagrupamiento, pero no basta por sí solo para ello. Los textos escogidos para la reunión incluían un extenso artículo de Karl Nesic en el que se exponía nuestra divergencia con Theorie Communiste en particular, divergencia lo bastante profunda como para hacer más o menos imposible la colaboración teórica.

Sí tal como piensa Theorie Communiste nosotros caemos en el humanismo idealista, o si tal como pensamos nosotros ellos caen en el estructuralismo determinista, esto prohíbe todo esfuerzo teórico en común, e incluso hace difícil la discusión. No sabríamos cómo discutir acerca de lo esencial, si partimos de un acuerdo sobre las preguntas que hay que hacer pero de un desacuerdo sobre las respuestas que hay que dar.

En nuestra opinión, el hecho de que la revolución haya sido lógicamente imposible en el pasado, no implica que se haya vuelto más posible (ni mucho menos ineluctable) desde hace unos años. Es sólo una posibilidad, que evidentemente se relaciona con el grado y las formas del desarrollo capitalista en este momento histórico, pero que no depende de ese grado de desarrollo.

Destituir a las autoridades locales

La cuestión, para una insurrección es llegar a hacerse irreversible. La irreversibilidad se alcanza cuando se ha vencido, al mismo tiempo que a las autoridades la necesidad de autoridad, al mismo tiempo que a la propiedad el placer de tener, al mismo tiempo que a toda hegemonía el deseo de hegemonía. Esto sucede porque el proceso insurreccional contiene en sí la forma de su victoria o la de su derrota. En materia de irreversibilidad, la destrucción nunca ha sido suficiente. Todo reside en el modo. Existen maneras de destruir que inevitablemente provocan el retorno de lo que se ha destruido. Quien se enconce con el cadáver de un orden asegura despertar la vocación de vengarle. Por eso, donde la economía está bloqueada, donde la policía está neutralizada es importante hacer el menor énfasis posible en el derrocamiento de las autoridades. Serán depuestas con un atrevimiento y una ironía escrupulosas.

En esta época, el final de las centralidades revolucionarias responde a la descentralización del poder. Todavía existen los Palacios de Invierno, pero están más dedicados a ser asaltados por los turistas que por los insurgentes. En nuestros días, se pueden tomar París, o Roma, o Buenos Aires sin conseguir la solución. La toma de Rungis tendría seguramente mayores consecuencias que la del Elíseo. El poder ya no se concentra en un lugar del mundo, es el propio mundo, sus flujos y sus avenidas, sus hombres y sus normas, sus códigos y sus tecnologías. El poder es la propia organización de la metrópolis. Es la impecable totalidad del mundo de la mercancía en cada uno de sus puntos. Por eso, quien le derrota localmente produce una onda de choque planetaria a través de las redes. Los asaltantes de Clichy! sous! Bois han alegrado más de un hogar americano mientras los insurgentes de Oaxaca han encontrado cómplices en pleno corazón de París. Para Francia, la pérdida de centralidad del poder significa el final de la centralidad revolucionaria parisina. Cada nuevo movimiento tras las huelgas de 1995 lo confirma. Esto es porque triunfan las orientaciones más osadas, las más consistentes. Para terminar, París todavía se distingue por ser un

en este caso, el pacifismo será por el contrario, señal de potencia, pues sólo desde una extrema posición de fuerza se está liberado de la necesidad de abrir fuego.

Desde un punto de vista estratégico, la acción indirecta, asimétrica, parece la más provechosa, la mejor adaptada a la época: no se ataca frontalmente a un ejército de ocupación. Por lo tanto, la perspectiva de una guerrilla a la iraquí, que se atascaría sin posibilidad de ofensiva es mejor temerla que deseirla. La militarización de la guerra civil es el fracaso de la insurrección. Los Rojos pueden triunfar en 1921, la Revolución rusa ya está perdida.

Es preciso considerar dos tipos de reacción estatal. Una de franca hostilidad, otra más solapada, democrática. La primera, llamando a la destrucción sin rodeos; la segunda, una hostilidad sutil, pero implacable: solo espera alistarnos. Se puede ser derrotado por la dictadura tanto como por el hecho de estar reducido a no poder oponerse más que a la dictadura. La derrota no consiste tanto en perder una guerra como en perder la oportunidad de conducir la guerra. Los dos son sobradamente posibles, como lo demuestra la España de 1936: por el fascismo, por la república, los revolucionarios fueron doblemente derrotados.

Cuando las cosas se ponen serias, el ejército ocupa el terreno. Su entrada en acción resulta menos evidente. Para ello se necesita un Estado decidido a hacer una matanza, lo que no es posible actualmente sino como amenaza, un poco como el empleo del arma nuclear desde hace medio siglo. Sin embargo, herida desde hace tiempo, la bestia estatal es peligrosa. Con todo para enfrentarse al ejército, se necesita una gran multitud, disolviendo las jerarquías y fraternizando. Se necesita el 18 de marzo de 1871. El ejército en las calles es una situación de insurrección. El ejército en acción, es el resultado precipitándose. Cada uno se ve llevado a tomar una postura, de escoger entre la anarquía y el miedo a la anarquía. Una insurrección triunfa como fuerza política. Políticamente, no es imposible poder con un ejército.

Ningún umbral la hace imposible, ni tampoco posible, ni siquiera indispensable. La revolución era tan posible a mediados del siglo XIX como lo es a principios del XXI. Si tiene lugar, será ante todo el resultado de la actividad de los proletarios. Será ruptura y auto-emancipación. Las razones del fracaso de los intentos pasados no hay que buscarlas en el grado de desarrollo del capital, sino en la actividad misma del proletariado. Lo esencial no es lo que la sociedad hace con nosotros, sino lo que nosotros hacemos con lo que ella nos hace.

El capital no es ninguna entidad regida por leyes que terminan provocando un inevitable levantamiento proletario, sino que es una contradicción social en proceso. No existe ninguna crisis del capital, solamente hay crisis de sus actores. Nos cuesta comprender que los mismos que tanto insisten -y con razón - en la "implicación recíproca" entre capital y trabajo, puedan al mismo tiempo analizar la historia como una relación de causa-efecto, con el proletariado desempeñando el papel de efecto y todo llevando a un fin ya programado: el comunismo. ¿Cuántas veces en el pasado no pronosticamos la crisis final y su resultado obligatorio: la revolución...? Todo lo que podemos proponer son hipótesis sobre cómo evolucionará la contradicción capital/proletariado, y el hecho de que tales hipótesis sean eventualmente desmentidas por los hechos no compromete nuestra perspectiva de conjunto, porque ésta no descansa en un ninguna anticipación. La lucha de clases sigue siendo ampliamente imprevisible. Si el capital es contradicción social en proceso, esto implica en efecto una relación dialéctica entre los seres y los grupos sociales: los individuos, las fracciones de clase, las clases mismas evidentemente no están determinadas por un libre albedrío, sino que cada encrucijada histórica les obliga a escoger dentro de un cierto abanico de posibilidades. La historia no es un Gran Libro escrito por anticipado.

La teoría revolucionaria y sus "análisis concretos de la situación concreta" se basan por supuesto en premisas teóricas, pero no pretenden abarcar todo el pasado y el presente de este mundo. Aunque se sienta en el deber de ser lo más rigurosa posible, la teoría comunista no es científica: no pretende

construir un objeto de estudio independiente del que la estudia, a partir de esa posición privilegiada en la cual el científico cree poder controlar la totalidad del fenómeno y alcanzar sus leyes. La teoría comunista tampoco es profética. Toda profecía es irrefutable e inmune al desmentido de los hechos, ya que al estar situada a un nivel suprahistórico, es por su propia naturaleza inaccesible a la vulgar materialidad. El recurrente debate en el movimiento comunista acerca de la inevitabilidad de la revolución no tiene fin ni propósito. Somos refutables...

... especialmente cuando afirmamos que la realidad social actual impide que el comunismo esté a la orden del día; que la revolución, en el sentido en que la concibe la corriente comunizadora, hoy en día no es más que un tema de debate para un puñado de individuos y grupos, y que allí no hay nada significativamente distinto de la situación que prevalecía hace diez o quince años. La iniciativa sigue perteneciendo a la burguesía, y la única crítica "real" de este mundo es la del reformismo radical, que por lo demás hasta ahora no ha tenido ningún verdadero contenido ni repercusión social. Nuestra época está marcada por la impotencia de los proletarios en general, y de los comunistas en particular.

Hoy día, aun más que ayer, no tiene sentido creer que la teoría por sí misma pueda regular el desacuerdo que mantiene consigo misma y con la sociedad, que pueda dejar ahora de ser parcial y fragmentaria. Cuando no disponemos casi de nada más que las "armas de la crítica", estamos muy lejos de la crítica por las armas. La rapidez de los intercambios de información y el acceso inmediato a millares de textos en internet coinciden con una confrontación de ideas relativamente pobre. Suponiendo que la era de lo virtual no haya venido a agravar esta debilidad, tampoco es que le ponga remedio. La velocidad de rotación de las ideas parece contrariamente proporcional a la intensidad de los debates que suscitan. Jamás la posesión de una extensa biblioteca ha garantizado la calidad de una reflexión. Ahórrense las sonrisas ante nuestra "tecnofobia". Aunque consideramos útil mantener un sitio en internet, nos damos cuenta de que

diversión. Hostigar a la policía, es hacer que estando por todas partes no sea eficaz en ninguna.

Cada acto de hostigamiento despierta esta verdad dicha en 1842: "La vida del agente de policía es penosa; su posición en la sociedad es tan humillante y despreciada como la del propio crimen (...) La vergüenza y la infamia le rodean por todas partes, la sociedad le expulsa de su seno, le aísla como a un paria, le escupe su desprecio con la paga, sin remordimientos, sin excusas, sin piedad (...) el carnet de policía que lleva en su cartera es una patente de ignominia." El 21 de noviembre de 2006, los bomberos que se manifestaban en París contraatacaron a las CRS a martillazos e hirieron a quince. Esto para recordar que "tener la vocación de ayudar" nunca podrá ser una excusa válida para entrar en la policía.

Estar armado.

Hacer todo lo posible para volver innecesario su uso.

Frente al ejército, la victoria es política.

No existe una insurrección pacífica. Las armas son necesarias: se trata de hacer lo posible para hacer que su uso sea innecesario. Una insurrección es antes una toma de las armas, una "permanencia armada", más que el paso a la lucha armada. Es importante distinguir el armamento del uso de las armas. Las armas son una constante revolucionaria aunque su utilización sea poco frecuente, o escasamente decisiva, en los momentos de grandes cambios: 10 de agosto de 1792, 18 de marzo de 1871, octubre de 1917. Cuando el poder está en el arroyo, basta con pisotearle.

Desde la distancia que nos separa, las armas han adquirido este carácter doble de fascinación y repulsión, que sólo su manejo permite superar. Un auténtico pacifismo no puede consistir en el rechazo de las armas, sino solamente de su uso. Ser pacifista sin poder disparar no es más que la teorización de una impotencia. Este pacifismo a priori corresponde a una suerte de desarme preventivo, es una pura operación policial. En realidad, la cuestión pacifista sólo se toma en serio cuando tiene el poder de disparar. Y

tendente a liberar el territorio de su ocupación policial es voluntaria, y puede contar con las inagotables reservas de resentimiento que estas fuerzas han acumulado en su contra. Los propios “movimientos sociales” son ganados poco a poco por la rebelión, no menos que los jueguistas de Rennes que se enfrentaron a las CRS en el año 2005 todas las noches de los jueves o los de Barcelona que recientemente, durante un botellón, devastaron una arteria comercial de la ciudad. El movimiento contra el CPE ha visto el regreso habitual del cóctel molotov. Pero en esto, ciertos barrios se quedan obsoletos. Especialmente respecto a esta técnica que se perpetúa desde hace tiempo: la emboscada. Como el 13 de octubre en Épinay: patrullas de la BAC, tras 23 horas de servicio, recibían una llamada denunciando el robo en una rulote; a su llegada, uno de los equipos” se encontró bloqueado por dos vehículos atravesados en la calle y más de una treintena de individuos, portando barras de hierro y armas de mano que lanzaron piedras al vehículo y utilizaron gas lacrimógeno contra los policías. A menor escala, se piensa en las comisarías de barrio atacadas durante las horas de cierre: cristales rotos, coches incendiados.

Una de las experiencias adquiridas por los últimos movimientos es que una verdadera manifestación, en adelante, es “ilegal”, sin notificación a la prefectura. Pudiendo elegir el terreno, se tendrá cuidado, como el Black Bloc, en Gênês en 2001, de evitar las zonas calientes, de huir del enfrentamiento directo y, determinando el trayecto, hacer correr a los polis en lugar de correr tras la policía, especialmente sindical, especialmente pacifista. Se ha visto entonces que un millar de personas determinadas hace recular furgones enteros de carabinieri para incendiarles finalmente. Lo importante no es estar mejor armado sino tener la iniciativa. El valor no es nada, la confianza en el valor propio es todo. Tener la iniciativa ayuda.

Todo incita, sin embargo, a considerar las confrontaciones directas como puntos de fijación de las fuerzas contrarias que posibiliten manejar los tiempos y atacar en otros lugares – incluso muy cerca. Que no se trate de impedir que una confrontación tenga lugar ni se confunda con una simple

muchos revolucionarios comparten las ilusiones de la revolución informática. La crítica de la ingestión de carne es más extendida que la del uso de computadoras, y la crítica de las autopistas para automóviles más frecuente que la de la “autopista de la información”. Aún habiendo una extrema escasez, o incluso ausencia pura y simple de textos de Bakunin, Pannekoek o el mismo Marx en 1967, ello no impidió que una oleada contestataria les hiciera eco. Pocos años antes, la revista Potlatch difundía entre 50 y 500 ejemplares. Treinta años después la disponibilidad instantánea de todo no impide que la crítica social se desarrolle a un nivel claramente inferior. Esto no va a mejorar multiplicando por diez las reuniones, ni por mil los vínculos virtuales. El movimiento revolucionario no es un asunto de circulación ni de rebasamiento de nuestras limitaciones; es un problema de relaciones. Sólo la evolución de la realidad social, a la cual apenas contribuirán las minorías comunistas más que los otros proletarios, es y será determinante, confirmando o invalidando total o parcialmente nuestras hipótesis, y contribuyendo a una totalización.

En las condiciones actuales, a menos que se asemeje a una versión ampliada de Theorie Communiste, el reagrupamiento previsto en torno a la revista Meeting producirá en el mejor de los casos un boletín interno de los comunizadores. Pero la yuxtaposición no es lo mismo que el diálogo, y no todo diálogo es necesariamente clarificador. Los documentos preparatorios de la reunión evidenciaban enfoques muy divergentes, a veces difícilmente conciliables. Lo decisivo es el contenido que se le atribuye a las palabras comunización, clase, lucha de clases y abolición de las clases. Muchos camaradas, y no solamente los “comunizadores”, asumen la idea de una clase que al existir y al luchar como clase terminará aboliendo todas las clases, pero esta fórmula la interpretan en sentidos muy distintos, y a menudo contradictorios. En cuanto a unas actividades prácticas cualitativamente superiores a las que se han realizado hasta ahora, no queda nada claro cómo serían favorecidas por tal iniciativa. Después de 1945, según criterios muy distintos a los de la comunización, Bordiga y Pannekoek mantenían acuerdo en aspectos fundamentales que los distinguían claramente de los trotskistas, de los anarquistas, etc. No obstante, nadie hubiera pensado en hacerlos

cohabitar en una misma organización.

La teoría comunista se basa en una premisa aún no demostrada, lo que implica inevitablemente una fragmentación, que necesariamente se incrementa en todo período de baja intensidad de la lucha de clases. Marx y Engels, aunque estaban menos aislados que nosotros, admitían que en general no contaban más que con ellos mismos, y no con un amplio movimiento que debiera haber reconocido su “mandato” de teóricos revolucionarios. Ciento cincuenta años más tarde, después de haber sido mostrado diez veces sobre su lecho de muerte, el capitalismo sigue vivo, y la comprobación efectiva de la teoría de una revolución comunista sigue pendiente. Se puede teorizar todo y también lo contrario: la revolución puede parecer muy evidente debido a la persistencia de un movimiento proletario, o imposible debido a la práctica persistentemente no comunista de los mismos proletarios. Un mismo rigor concluyente sabría basar estas dos opiniones contrarias en hechos históricos probados y conceptos similares, defendiéndose sin abusar demasiado de nuestros clásicos. Aunque diametralmente opuestas, estas dos posiciones tienen en común algo fundamental: ambas juzgan la coherencia y la pertinencia de un concepto según lo que éste dice de sí mismo. Ahora bien, la lucha de clases es y será el único juez en la materia. Sólo las irrupciones proletarias sobre la escena histórica “prueban” la validez de la teoría del proletariado, teoría que solamente una revolución comunista podrá probar de manera definitiva. Entre cada gran oleada de agitación social, y hasta que ocurra la última, que sería “la verdadera”, la suspensión de toda reflexión y actividad revolucionaria produce un sentimiento de vacío. En tales casos se desarrolla una tendencia natural a colmar este vacío como se pueda. Pero transformar las derrotas en victorias sólo es posible sobre el papel; es mejor reconocerse temporalmente derrotado si lo que se ambiciona es no seguir estándolo.

La tarea del momento no es organizar la expresión común de unas argumentaciones que se cruzan sin encontrarse, sino profundizar en nuestras preconcepciones particulares admitiendo e integrando su carácter inconcluso,

amenazando permanentemente, con su acción conjunta, con paralizar todo el país si no se satisfacían sus reivindicaciones. Tal amenaza fue durante mucho tiempo una potente palanca en manos de los ferroviarios, electricistas, empleados del gas, camioneros. El movimiento contra el CPE no ha dudado en bloquear estaciones, periféricos, fábricas, autopistas, supermercados e incluso aeropuertos. En Rennes, no se necesitaron más de trescientas personas para inmovilizar la carretera durante horas y provocar cuarenta kilómetros de atascos.

Bloquearlo todo, es en adelante la primera reflexión de todo el que se alce contra el orden presente. En una economía deslocalizada, en la que las empresas funcionan por flujo tenso, donde el valor deriva de su conexión en red, donde las autopistas son los eslabones de la cadena de producción desmaterializada que va de subcontrato en subcontrato y de allí a la cadena de montaje, bloquear la producción es también bloquear la circulación.

Pero no se puede tratar de bloquear más de lo que permite la capacidad de abastecimiento y de comunicación de los insurgentes, la organización eficaz de las diferentes comunas. ¿Cómo alimentarse una vez que todo está paralizado? Saquear los comercios, como se hizo en Argentina, tiene sus límites; por inmensos que sean los templos del consumo, no son despensas infinitas. Adquirir durante la vida la aptitud para procurarse la subsistencia elemental implica entonces apropiarse de sus medios de producción. Y en este punto, parece inútil esperar mucho tiempo. Dejar, como en la actualidad, al dos por ciento de la población el encargo de producir los alimentos de los demás es una estupidez tanto histórica como estratégica.

**Liberar el territorio de la ocupación policial.
Evitar en lo posible el enfrentamiento directo.**

“Este asunto pone de relieve que no nos enfrentamos a jóvenes que reclaman avances sociales sino a individuos que declaran la guerra a la República”, apuntaba un poli lucido a propósito de las recientes emboscadas. La ofensiva

tomas de postura masivas, uno de esos fenómenos de cristalización colectiva en los que una decisión se apodera de los seres, en su totalidad o solamente en parte.

Lo mismo vale para decidir las acciones. Partir del principio de que “la acción debe ordenar el desarrollo de la asamblea”, convierte en imposible tanto la pasión del debate como la acción eficaz. Una asamblea numerosa de gentes ajenas entre sí se condena a necesitar especialistas en la acción, es decir a delegar la acción para controlarla. De un lado, la acción de los comisionados está atascada por definición, por otro nada les impide engañar a todo el mundo.

No hay que plantear una forma de acción ideal. Lo esencial es que la acción tenga una forma, que la suscite y no la padezca. Esto supone compartir una misma posición política, geográfica – como las secciones de la Comuna de París durante la Revolución francesa – y compartir también el mismo saber circulante. En cuanto a decidir las acciones, el principio podría ser este: que cada uno reconozca el terreno, que se recorten las informaciones, y la decisión llegará por sí sola, nos alcanzará más que nosotros a ella. La circulación del saber anula la jerarquía, iguala por arriba. Comunicación horizontal, proliferante, es también el mejor modo de coordinación de las diferentes comunas, para acabar con la hegemonía.

Obstaculizar la economía, pero adaptar nuestra potencia de bloqueo a nuestro nivel de autoorganización

A fines de junio de 2006, en todo el estado de Oaxaca, las ocupaciones de ayuntamientos se multiplican, los insurgentes ocupan los edificios públicos. En algunas comunidades, expulsan a los alcaldes y requisan los vehículos oficiales. Un mes más tarde, se bloquea el acceso a ciertos hoteles y complejos turísticos. El ministro de Turismo habla de catástrofe “comparable al huracán Wilma”. Algunos años antes, el bloqueo se convirtió en una de las principales formas de acción del movimiento argentino de contestación, los diferentes grupos locales se prestan socorro mutuo bloqueando tal o cual eje,

y también el de los hechos que analizan. Dado eso, hay que asumir que por indispensable que sea esta actividad, no conducirá a una síntesis crítica, inaccesible actualmente. Para parafrasear a la IS, lo importante hoy no es la unidad sino la división asumida: se supera una situación dada, sobre todo una situación de debilidad y aislamiento, asumiéndola, no actuando como si no existiera, o como si dependiera sobre todo de la buena voluntad de los comunizadores...

... o de polémicas “sin concesiones”. Polemizar es personalizar, considerar al otro como propietario de ideas de las que sólo es depositario, y así inmediatamente comprometerse en un camino falso. La polémica tiene por objeto destruir al adversario, tratándolo en el peor de los casos como enemigo, y en el mejor como trofeo. Preferimos criticar aquello que presenta interés y merece ser deconstruido para reubicarlo en otro conjunto donde pueda tomar un nuevo sentido. Criticamos no lo que juzgamos absurdo o estúpido (y mucho menos “peligroso”), sino lo que leemos y queremos que se lea⁴.

Por esta razón, generalmente citamos poco lo que nos parece criticable. El polemista en búsqueda de un blanco fácil elige en el adversario la frase que le parece más débil. Preferimos exponer nuestra posición y dejar al lector la tarea de contrastarla con la lógica de la posición divergente ¿Para qué citar treinta frases que prueban el determinismo de Theorie Communiste? Un contrincante podría encontrar treinta frases que prueben lo contrario. Es el movimiento global de un planteamiento lo que sigue o no una línea determinista. Un lector que se conformara con citas para declararse de acuerdo con nosotros no habría comprendido en absoluto nuestro método.

Algo de polémica hay, ciertamente, en pos de una refundación. Esto quizá sea lo que tienen en común las personas interesadas en Meeting, y sin duda es el corazón de lo que nos aleja de tal proyecto. A pesar de las divergencias entre Theorie Communiste y los demás participantes (por ejemplo la revista y sitio web Le Matérielle⁽⁵⁾), todos ellos consideran necesaria una reconstrucción teórica, desde luego que sobre la base de los conceptos fundamentales (clases, relaciones de producción, capital, Estado,

comunismo...), pero poniéndolos al servicio de la producción de una teoría revolucionaria para nuestro tiempo; teoría que explicaría la imposibilidad del comunismo antes (es decir, en el período que incluye la fase 1960-80) y su posibilidad-necesidad a partir de ahora. Por lo tanto, una teoría que explique los últimos fracasos y el posible-probable éxito futuro.

En nuestra opinión, y sin caer en la invarianza, consideramos que tal refundación doctrinal no tiene objeto. A riesgo de que algunos nos vean como bordiguistas, diremos que la parte fundamental de la teoría revolucionaria fue formulada en la década de 1840 (y a riesgo de asombrar a otros, añadiremos que la IS no estaba muy lejos de reconocer este hecho). ¿Cuál es esa parte fundamental? La definición del proletariado como nueva fuerza histórica en relación con los esclavos, los siervos, los pobres, explotados y desposeídos de épocas anteriores al capitalismo (antes del Renacimiento, antes sobre todo de la industrialización). Y ello, no por amor a la industria o a las fuerzas productivas (aunque la ambigüedad de Marx y otros en torno a este punto sea innegable, aquí nos concentramos en los puntos fuertes de su perspectiva, y no en sus debilidades), sino porque el capitalismo es el primer sistema de explotación universal, y se basa en un proletariado potencialmente revolucionario debido a su existencia en el capital, a su interrelación con el capital, a la “implicación recíproca” precisamente, que le da la capacidad de actuar como sujeto de un cambio social radical, la capacidad de crear una comunidad humana. A partir de la mitad del siglo XIX empezó a estar claro el contenido del comunismo: abolición de la propiedad privada, del capital, del dinero, del trabajo, del Estado.

Según esta perspectiva, no hay ninguna diferencia fundamental que separe al minero inglés o al artesano proletarizado parisiense de 1850, del asalariado de un call-center en la India o del camionero californiano del 2004. Si analizamos los factores que en 1850 impedían al minero y al artesano proletarizado emprender una acción comunista, esos “límites objetivos” (es decir, que no dependían de ellos sino que les eran impuestos por la situación) también los encontraremos en el asalariado del call center y en el camionero

despistado intente la autonomía y ellos volverán a vaciarle de cualquier contenido eliminando resueltamente las cuestiones correctas. Son salvajes, se irritan; no por la pasión del debate sino por su vocación de conjurarle. Y cuando su defensa encarnizada de la apatía puede al fin con el colectivo, explican el fracaso por la falta de conciencia política. Hay que decir que en Francia, particularmente gustosa de la actividad furiosa de las diferentes capillas trotskistas, no es el arte de la manipulación política lo que le falta a la juventud militante. Tras el incendio de 2005, no será ella quien haya sacado esta lección: cualquier coordinación es superflua allí donde existe coordinación, las organizaciones están siempre de más allí donde (ellos) se organizan.

Otro reflejo consiste en, al menor movimiento, hacer una asamblea general y votar. Es un error. El simple objetivo del voto, de la resolución a conseguir, basta para convertir la asamblea en una pesadilla, para construir el teatro en el que se enfrentan todas las pretensiones de futuro. Sufrimos esto como el mal ejemplo de los parlamentos burgueses. La asamblea no se constituye por la decisión sino por la palabra, por la palabra libre practicada sin objetivo.

La necesidad de reunirse es tan constante, entre los humanos, como extraña la necesidad de decidir. Reunirse responde a la alegría de experimentar una potencia común. Decidir no es vital más que en las situaciones de emergencia, en las que el ejercicio de la democracia está realmente comprometido. El resto del tiempo, el “carácter democrático del proceso de toma de decisión” no es el problema más que para los fanáticos del procedimiento. No hay que criticar las asambleas ni abandonarlas, sino que hay que liberar la palabra, los gestos y los juegos entre los seres. Basta con observar que nadie llega con un solo punto de vista, una moción, sino con deseos, apegos, capacidades, fuerzas, tristezas y una cierta disponibilidad. Si así se consigue destruir el fantasma de la Asamblea General en beneficio de una asamblea de presencias tal, si se consigue desbaratar la siempre renaciente tentación de hegemonía, si se deja de establecer la decisión como finalidad, existen algunas oportunidades de que se produzca una de esas

material necesarios, igual que la instalación de emisoras de radio. Lo que tienen de alegría, de superación del enredo individual, de realidad tangible insumisa al orden cotidiano y del trabajo garantiza la fecundidad política de experiencias similares.

En un país como Francia, en el que las nubes radiactivas se detienen en la frontera y donde no se teme construir una cancerópolis sobre el antiguo emplazamiento, tipo Seveso, de la fábrica AZF, son menos reales las crisis “naturales” que necesitan contabilizarse que las crisis sociales. Es a los movimientos sociales a quienes habitualmente corresponde interrumpir el curso normal del desastre. En efecto, estos últimos años, las diversas huelgas fueron principalmente ocasiones para el poder y las direcciones de las empresas para probar su capacidad de mantener un “servicio mínimo” cada vez más amplio, hasta restituir la interrupción del trabajo a una pura dimensión simbólica – apenas más molesta que una nevada o un suicidio en la calle. Pero transformando las prácticas militantes establecidas por la ocupación sistemática de los establecimientos y el bloqueo permanente, las luchas estudiantiles de 2005 contra el CPE han recordado la capacidad de causar daño y de ofensiva difusa de los grandes movimientos. Las bandas que han sido originadas a su estela, han dejado entrever bajo qué condiciones los movimientos pueden convertirse en lugar de nacimiento de nuevas comunas.

Sabotear cualquier instancia representativa.

Generalizar la discusión.

Abolir las asambleas generales.

Cualquier movimiento social se enfrenta como primer obstáculo, antes que con la policía propiamente dicha, con las fuerzas sindicales y con toda esta microburocracia con vocación de dirigir las luchas. Las comunas, los grupos de base, las bandas desconfían espontáneamente de ellas. Esto es así porque los paraburócratas han inventado hace veinte años las coordinaciones que, con su ausencia de etiqueta, tienen los aspectos más inocentes, pero que no dejan de habitar en el terreno ideal de sus maniobras. Que un colectivo

del 2004. Lo que ambos tienen en común (en términos de posibilidad histórica y de impotencia e inercia social) tiene infinitamente más peso que aquello que los diferencia. Esa es la parte fundamental.

Puede que esta teorización sea falsa, pero básicamente, no tenemos otra. Ninguna nueva teoría está en condiciones de probarla o desmentirla. Sólo la historia (no ocurrida, por lo tanto el futuro) podrá hacerlo. No hay nada hoy día que garantice o pueda demostrar que los proletarios de 2015 o 2030 actuarán mejor o serán más revolucionarios que los de 1848, 1919 o 1969.

Esta parte fundamental no es la totalidad. Destrucción del Estado, crítica del movimiento obrero, crítica de todas las mediaciones, crítica de la nación, crítica de la vida diaria, comprensión de la revolución como comunización... todas estas contribuciones indispensables surgieron y podían surgir antes de 1848. Es más, al abordar estos distintos puntos, los comunistas de 1920 o de 1970 a menudo fueron contra las posiciones de Marx y Engels. Sin embargo estas contribuciones sólo adquieren sentido si están integradas a la definición esencial, de lo contrario se suprime toda la perspectiva comunista.

No hay una teoría post-obrera de la revolución, porque la que tenemos, la de Marx, Pannekoek, Bordiga o Debord no era ninguna teoría “obrera”. Que el comunismo cedió al obrerismo, es innegable. Pero en su sentido más profundo y ofensivo, a quien se buscaba en el obrero no era al productor y manipulador de herramientas y máquinas supuestamente liberadoras., sino al proletario. El obrerismo no fue el programa del proletariado, sino el de la contrarrevolución. No contamos aquí con espacio para demostrar que esto es cierto incluso en la más “obrera” de las corrientes comunistas, la izquierda alemana: el verdadero partido del obrero no era el KAPD, sino el USPD.

A menos que signifique embarcarse en una deriva, voluntaria o no, controlada o no -lo que por supuesto no es el caso de Meeting - refundar la teoría no puede significar la búsqueda de un punto de observación privilegiado desde el cual el conjunto de la historia de la humanidad se revelará a los que

poseen la clave correcta. Ahí encontramos un nuevo ejemplo de la creencia (comprensible pero ilusoria) en la omnipotencia del espíritu humano.

Al fin y al cabo, todo indica que los miembros del proyecto Meeting dan a la comunización un contenido distinto del que resumimos al principio de este texto. Para ellos esta noción no designa el proceso concreto de transformación comunista de las relaciones sociales, sino que define un tiempo completamente nuevo, el de la revolución al fin posible y necesaria. Es difícil no ver allí una regresión respecto a lo que intentaban hacer, por ejemplo y cada uno a su manera, Un monde sans argent, La Banquise, o incluso más recientemente, Hic Salta(6).

Llamada

Responder a Appel sacando a relucir nuestra balanza teórica para pesar los pros y los contras no tendría ningún sentido, o daría prueba de una triste indiferencia hacia la subversión social que nace, actúa, se busca y se formaliza. Cualesquiera que sean las aprehensiones que pueda suscitar, este libro expresa una existencia, una experiencia, en particular en las acciones antiglobalización de los últimos años, y a su manera pone el dedo sobre esta época. Expresado en un lenguaje que busca ser poético, su acervo teórico incluye elementos de comprensión esenciales tomados en préstamo de Marx, de la izquierda comunista, de la IS, de la anarquía, sin reivindicar ninguna filiación, sin citar directamente ningún clásico: integradas al texto, las citas a menudo se atribuyen “a un amigo” o a “un viejo amigo”.

“Es a fuerza de ver al enemigo como un sujeto que se nos enfrenta -en vez de experimentarlo como una relación que nos tiene- que uno se enferma mientras lucha contra la enfermedad” (p.8).

tradicionales, sin las que los bloqueos económicos de la región nunca hubiesen podido ser tan repetidos ni tan sistemáticos.

Encender el fuego de cualquier crisis

“Es necesario además añadir que no se podría tratar al conjunto de la población francesa. Será preciso entonces elegir.” Así resume un experto en virología a Le Monde, el 7 de septiembre de 2005, lo que sucedería en caso de una pandemia de gripe aviar. “Amenazas terroristas”, “catástrofes naturales”, “alertas virales”, “movimientos sociales” y “violencias urbanas” son para los gestores sociales otros tantos momentos de inestabilidad en los que asientan su poder mediante la selección de lo que les complace y la destrucción de lo que les incomoda. Esta es así también, lógicamente, para cualquier otra fuerza la oportunidad de sumarse o de hundirse, tomando el partido contrario. La interrupción de los flujos de mercancías, la suspensión de la normalidad – basta ver el retroceso de la vida social en un edificio bruscamente privado de electricidad para imaginar en lo que podría convertirse la vida en una ciudad privada de todo – y del control policial liberan potencialidades de auto! organización impensables en otras circunstancias. A esto no escapa nadie. El movimiento revolucionario obrero lo comprendió perfectamente, haciendo de las crisis de la economía burguesa los puntos culminantes del incremento de su fuerza. Hoy, los partidos islámicos son más fuertes que nunca allí donde han sabido suplir inteligentemente la debilidad del Estado, por ejemplo: durante la ejecución de los socorros tras el terremoto de Boumerdes en Argelia, o en la asistencia cotidiana a la población del Líbano Sur destruido por el ejército israelí.

Como mencionamos antes, la devastación de Nueva Orleans por el huracán Katrina dio la ocasión a todo un sector del movimiento anarquista norteamericano de adquirir una desconocida consistencia reuniendo a todos los que, sobre el terreno, resistieron a la evacuación forzosa. Los comedores de campaña suponen haber pensado previamente en el aprovisionamiento; la ayuda médica de urgencia exige que se hayan adquirido el conocimiento y el

región sublevada, no hay más que una diferencia de escala, son indistintamente comunas.

Cualquier comuna no puede tender sino a la autosubsistencia y experimentar en su seno el dinero como algo insignificante y, por decirlo del todo, descolocado. El poder del dinero es el de fabricar un vínculo entre los que carecen de vínculos, el de vincular a los extranjeros en tanto que extranjeros y, de ese modo, poniendo cualquier cosa en equivalencia, poner todo en circulación. La capacidad del dinero de vincularlo todo se compensa por la superficialidad de este vínculo en el que la mentira es la regla. La desconfianza es el fondo de la relación crediticia. El reino del dinero debe ser siempre, por este hecho, el reino del control. La abolición práctica del dinero no se puede conseguir más que por la extensión de las comunas. La extensión de las comunas debe obedecer en cada caso a la preocupación por no exceder cierto tamaño, mas allá del cual pierde el contacto consigo misma y suscita casi sin excepción una casta dominante. La comuna preferirá entonces dividirse y de este modo extenderse, al tiempo que previene una salida desgraciada.

El sublevamiento de la juventud argelina, que alcanzó a toda la Kabilia en la primavera de 2001, se convirtió en una toma casi completa del territorio, atacando a los policías, los tribunales y todas las representaciones estatales, generalizando el motín hasta la retirada unilateral de las fuerzas del orden, hasta impedir físicamente la celebración de las elecciones. La fuerza del movimiento estará en la complementariedad difusa entre los múltiples componentes – aunque no fuesen más que parcialmente representados por las interminables y desesperantemente masculinas asambleas de los comités de pueblo y otros comités populares. Las “comunas” de la siempre hirviente insurrección argelina tienen unas veces el rostro de estos jóvenes “quemados” con gorra lanzando botellas de gas a las CNS desde el tejado de un inmueble de Tizi Ouzon, otras veces la sonrisa socarrona de un maquis embutido en su burnous, a veces también la energía de las mujeres de un pueblo de montaña haciendo funcionar, contra viento y marea, las culturas y la crianza

“La práctica del comunismo, tal como la vivimos, la llamamos el Partido. Cuando alcanzamos un nivel superior de comunización decimos que construimos el Partido. Sin duda otros, que todavía no conocemos, están también construyendo el Partido, en otra parte. Esta llamada va dirigida a ellos” (p.63).

“La construcción del Partido, en su aspecto más visible, consiste para nosotros en la puesta en común, la comunización de aquello de lo que disponemos. Comunizar un bien quiere decir: liberar el uso y sobre la base de esta liberación, experimentar relaciones de afinidad intensas, complejas” (p.66).

“Hay circunstancias, como en un motín, donde el hecho de relacionarnos entre camaradas aumenta considerablemente nuestra capacidad de ataque. ¿Quién puede decir que el problema del suministro de armas no es parte de la constitución material de una comunidad?” (p.67).

La comunización se define aquí como antagónica a este mundo, en conflicto irreconciliable y violento (hasta la ilegalidad) con él. Difiere pues de la alternativa que pretende (y consigue a menudo) hacerse aceptar al margen, y coexistir duraderamente con el Estado y el trabajo asalariado, esperando que algún día la relación de fuerzas se invierta por sí sola y que las zonas y actividades “liberadas” se vuelvan mayoritarias hasta que terminen manejándolo todo, sin revolución, gracias a la superioridad natural de las relaciones humanas y fraternales sobre las relaciones mercantiles y de dominación. No sólo no compartimos esa visión, sino que la combatimos.

Sin embargo, ¿cómo “hacer habitable la situación de emergencia”? (p.78). Por ejemplo, ¿cómo vivir sin trabajar, en ausencia de un movimiento de gran amplitud que rompa con el orden establecido?

Appel supuestamente va dirigido a un medio ya organizado (o en vías de estarlo) y relativamente numeroso. Nos permitimos dudar que sea así. El libro

reconoce que la experiencia del Bloque Negro mostró los límites de la resistencia social: si defenderse es difícil, ¿cómo pasar a la ofensiva?

Al no hacerse esta pregunta, se corre el riesgo de teorizar una comunización limitada a un sólo aspecto, sin duda necesario para una revolución, pero insuficiente. Comunizar es experimentar otras relaciones, otras maneras de vivir, en todos los planos. Pero es también, obligatoriamente, algo más y algo distinto que extender al máximo los márgenes de autonomía que esta sociedad permite. Hacemos nuestra la definición del comunismo como puesta en común, como ser y hacer juntos, como proceso y como conflicto. Pero ¿cómo poner en práctica ahora, en la realidad social que prevalece en el 2004, unos vínculos, unos espacios, unas rupturas, que no sean una alternativa más radical que la de otros, sin duda alguna más violenta y más reprimida porque a menudo está fuera de la ley, pero también integrada al funcionamiento del capitalismo moderno?

En adelante cada ciudad de Europa y Norteamérica (y pronto cada vez más de Asia) tendrá su grupo verde radical, su comunidad anarquista, su okupa. Vivir fuera del trabajo asalariado es posible (u obligatorio) para millones de europeos. El hedonismo contemporáneo invierte la fórmula de Victor Serge que citamos al principio de este artículo: nos invita a no sacrificar el presente en nombre del futuro, sino a que construyamos situaciones intensamente, que vivamos ahora de un modo diferente las mismas relaciones sociales. Este hedonismo comparte con el movimiento alter-mundista la misma negación de la totalidad, y de toda destrucción del poder político central: desde su punto de vista, lo que se puede hacer es tomar el poder sobre uno mismo y localmente, sustituyendo la revolución social futura por millones de revoluciones personales y microcolectivas.

Appel describe un movimiento anti-globalización inicialmente subversivo, pero luego reabsorbido por distintas burocracias, sin preguntarse lo suficiente sobre la realidad de ese movimiento, sobre el hecho de que nació quince años después de llos últimos ecos de las sacudidas revolucionarias de los años 60-

organizarse, entrenarse y probar continuamente nuevas armas. En comparación, nuestras armas siempre serán rudimentarias, chapuceadas y, a menudo, improvisadas sobre la marcha. En ningún caso pretenden rivalizar en potencia de fuego sino que tratan de mantenerles a distancia, distraer su atención, ejercer una presión psicológica o abrirse paso por sorpresa y ganar terreno. Cualquier innovación desarrollada en los centros de entrenamiento de la guerrilla urbana de la gendarmería francesa no basta y sin duda nunca bastara para responder con suficiente prontitud a una multiplicidad móvil que puede golpear en varios puntos a la vez y que siempre se ocupa de mantener la iniciativa.

Las comunas son evidentemente vulnerables a la vigilancia y a las investigaciones policiales, a la policía científica y a los servicios secretos. Las oleadas de arrestos de anarquistas en Italia y de ecoguerreros en los Estados Unidos han sido autorizadas por escuchas. Cualquier posible detención da lugar ahora a una toma del ADN y engorda un fichero cada vez más completo. Un squatter barcelonés ha sido reconocido porque dejó sus huellas en las octavillas que distribuía. Los métodos de ficha mejoran sin cesar, especialmente gracias a la biometría. Y si el carnet de identidad electrónico llegase a ser puesto en práctica, nuestra tarea sería todavía más difícil. La Comuna de París había arreglado en parte el problema del fichaje: quemando el Ayuntamiento, los incendiarios destruían los registros civiles. Basta con encontrar los medios para destruir para siempre las bases informáticas.

Insurrección

La comuna es la unidad elemental de la realidad partisana. Una escalada insurreccional no puede ser más que una multiplicación de comunas, su conexión y su articulación. Según el curso de los acontecimientos, las comunas se fundan sobre entidades de mayor envergadura o incluso se dividen. Entre una banda de hermanos y hermanas unidos “a vida o muerte” y la reunión de una multiplicidad de grupos, de comités, de bandas para organizar el aprovisionamiento y la autodefensa de un barrio, incluso de una

Vivimos bajo ocupación, bajo ocupación policial. Las redadas de sin! papeles en plena calle, los coches camuflados surcando las calles, la pacificación de los barrios de la metrópoli con técnicas forjadas en las colonias, las declamaciones del ministro del Interior contra las “bandas”, dignas de la guerra de Argelia, nos lo recuerdan cotidianamente. Son suficientes motivos como para no dejarse atropellar, como para enrolarse en la autodefensa.

En la medida en que crece y brilla, una comuna ve poco a poco las operaciones para poder apuntar a lo que la constituye. Estos contraataques toman la forma de la seducción, de la recuperación y, en última instancia, la de la fuerza bruta. La autodefensa debe ser una evidencia colectiva para las comunas, tanto en la práctica como en la teoría. Impedir un arresto, reunirse rápidamente en gran número contra los intentos de expulsión, esconder a uno de los nuestros, no son reflexiones superfluas para los tiempos que se acercan. No podemos reconstruir nuestras bases sin parar. Que se deje de denunciar la represión, que se prepare todo esto.

El asunto no es sencillo, pues en la medida que se espera de la población un aumento de la colaboración policial –desde la delación al compromiso ocasional en las milicias ciudadanas ! , las fuerzas policiales se funden en la masa. El modelo comodín de la intervención policial, incluso en situación de motín, es desde ahora la pasma de paisano. La eficacia policial durante las últimas manifestaciones contra el CPE residía en los secretas que se mezclaban en el barullo, esperando el incidente para descubrirse: gases, porras, pelotas de goma, interpelación; todo en coordinación con los servicios de orden de los sindicatos. La sola posibilidad de su presencia basta para arrojar la sospecha entre los manifestantes: ¿quién es quién?, y paralizar la acción. Admitiendo que una manifestación no es un medio de contabilizarse sino un medio de actuar, vamos a dotarnos de medios para desenmascarar a los secretas, cazarles y llegado el caso, arrebatárselos a los que intentan detener.

La policía no es invencible en la calle, simplemente tiene medios para

70, cuya comprensión es indispensable para entender dónde están.

Si, como lo afirma el libro, los antiglobalizadores radicales hubieran vencido a la izquierda mundial en la calle, obligándola a replegarse sobre sus foros sociales, nosotros (los autores de Appel, nosotros mismos, y muchos otros) tendríamos una existencia, una acción regular en la calle, lo que no es el caso, admitámoslo. A Appel le falta un análisis del movimiento social presente, de las luchas, de los retrocesos y resistencias en el mundo del trabajo, de las huelgas, de su aparición, de su derrota a menudo, de su ausencia a veces; en una palabra: de todo lo que cubre el alter-mundialismo y cuyos límites expresa.

A pesar de la “desertización” de las relaciones humanas, el viejo mundo no está agonizando, y se sostiene también sobre las crisis, en las que todo se agota para durar, tanto burgueses como proletarios.

Una “llamada” no se refuta. Se la entiende, o no se la tiene en cuenta en absoluto. El lector habrá comprendido nuestra elección. Appel refleja los dilemas de nuestra época, y sus aspiraciones. Si hay ambigüedad, ésta sólo se resolverá por la práctica de los que hicieron tal llamamiento, pero sobre todo por todos aquéllos a quienes éste se refiere. Por ejemplo, una señal de evolución positiva hacia un principio de maduración social sería un vínculo entre los participantes de Meeting y los autores de Appel, con capacidad para asumir lo que tienen en común y lo que les diferencia; teniendo la libertad de, quizás, llegar a la conclusión de que son incompatibles. Si la situación es como la que describen los artífices de Meeting y los autores de Appel, la simple coincidencia de ambos proyectos debería suscitar como mínimo un interés recíproco en sus respectivos animadores. Hasta donde sabemos, no es el caso.

UN MUNDO SIN DINERO (7)

Les Amis de 4 Millions de Jeunes Travailleurs

El comunismo niega al capitalismo, y lo niega en un movimiento que es producido por el propio desarrollo del modo de producción capitalista, desarrollo que terminará echando abajo este sistema, dando paso a un nuevo tipo de sociedad. En lugar de un mundo basado en el sistema salarial y las mercancías, surgirá un mundo en que la actividad humana nunca volverá a adoptar la forma de trabajo asalariado y donde los productos de esa actividad ya no serán objeto de comercio.

El comunismo no suprime al capital para devolver las mercancías a su estado original. El intercambio mercantil es un vínculo y un logro, pero es un vínculo entre partes antagonistas. Su desaparición no supondrá un retorno al trueque, esa forma primitiva de intercambio. La humanidad ya no estará dividida en grupos opuestos o en empresas. Se organizará a sí misma para planificar y su usar su herencia común y para compartir obligaciones y disfrutes. La lógica del compartir reemplazará a la lógica del intercambio.

El dinero no es un instrumento neutral de medida, sino la mercancía en la que se reflejan todas las demás mercancías. El dinero va a desaparecer. El oro, la plata y los diamantes ya no tendrán más valor que el que provenga de su propia utilidad. El oro podrá destinarse, tal como deseaba Lenin, a la construcción de urinarios públicos.

Marx y Engels

Marx y Engels se impusieron la tarea de comprender el desarrollo de la sociedad capitalista. No les preocupaba mucho describir el mundo del futuro, esfuerzo que ya habían pretendido monopolizar los socialistas utópicos. Sin embargo, la crítica del capitalismo es inseparable de la búsqueda del

es preciso admitirlo – la última seducción colectiva.

Huir de la visibilidad. Regresar al anonimato en posición ofensiva

Durante una manifestación, un sindicalista arranca la máscara de un (manifestante) anónimo, que acaba de romper un escaparate: “Asume lo que has hecho antes de que te pegue.” Ser visible, es estar al descubierto, es decir, siempre vulnerable. Cuando los izquierdistas de cualquier país no dejan de “visibilizar” su causa – la de los vagabundos, las mujeres, los sin! papeles – con la esperanza de que sea tomada en cuenta, hacen exactamente lo contrario de lo que deberían. No hacerse visible sino ganar para nosotros la ventaja del anonimato al que hemos sido relegados y, por la conspiración, la acción nocturna o enmascarada, construir una inatacable posición atacante. El incendio de 2005 ofrece el modelo. No líderes, no reivindicaciones, no organización sino palabras, gestos, complicidades. No ser nadie socialmente no es una condición humillante, el origen de una trágica falta de reconocimiento – ser reconocido: ¿por quién? –, sino, al contrario, la condición de una máxima libertad de acción. No asumir sus perjuicios, no ostentar más que siglas fantoches – todavía se recuerda la efímera BAFT (Brigade Anti! Flic des Tarterets) – es una manera de preservar esta libertad. Sin duda alguna, constituir un sujeto “suburbio” que sería el autor de los “motines de noviembre de 2005” habrá sido una de las primeras maniobras defensivas del régimen. Ver la jeta de los que son alguien en esta sociedad puede ayudar a comprender la alegría de no ser nadie.

La visibilidad está en huir. Pero una fuerza que se incorpora en la sombra nunca puede esquivarla. Se trata de aplazar nuestra aparición como fuerza hasta el momento oportuno. Pues cuanto más tarde nos encuentra la visibilidad, más fuertes nos encuentra. Y una vez ingresados en la visibilidad, nuestro tiempo esta contado. O estamos en disposición de pulverizar su reinado en breve plazo o será ella quien nos aplaste sin tardanza.

Organizar la autodefensa

la primera, la segunda se pierde en el discurso; y en la segunda, la primera se agota en griteríos. Palabras como “rabiosos” o “exaltados” nunca encontrarían espacio en política sin advertencias previas.

Respecto al método, retenemos del sabotaje el siguiente principio: un mínimo riesgo en la acción, mínimo tiempo, máximos daños. Para la estrategia, se recordara que un obstáculo derribado, pero no sumergido – un espacio liberado, pero no habitado – es fácilmente reemplazado por otro, más resistente y menos atacable.

Es inútil extenderse sobre los tres tipos de sabotaje obrero: ralentizar el trabajo, del “despacio” a la huelga de celo; romper las maquinas o entorpecer su marcha; divulgar los secretos de la empresa. Ensanchados hasta las dimensiones de la fábrica social, los principios del sabotaje se generalizan desde la producción a la circulación. La infraestructura técnica de la metrópolis es vulnerable: sus flujos no sólo consisten en el transporte de personas y mercancías, información y energía circulan a través de redes de cables y de canalizaciones, a las que es posible atacar. Sabotear con alguna consecuencia la máquina social implica hoy reconquistar y reinventar los medios para interrumpir sus redes. ¿Cómo inutilizar una línea del TGV, una red eléctrica? ¿Cómo encontrar los puntos débiles de las redes informáticas, como interferir las emisiones de radio y convertir en nieve la pequeña pantalla?

En cuanto a los obstáculos serios, es mentira tener por imposible cualquier destrucción. Lo que tiene de prometeico se resume en una verdadera apropiación del fuego, fuera de cualquier ciego voluntarismo. En 356 a. C., Eróstrato quema el templo de Artemisa, una de las siete maravillas del mundo. En nuestros tiempos de consumada decadencia, los templos no tienen más de imponente que la fúnebre verdad de que ya son las ruinas.

Destruir esta nada no es una tarea triste. Hacerlo devuelve una nueva juventud. Todo adquiere sentido, todo se ordena repentinamente, espacio, tiempo, amistad. No se repara en medios, se encuentra el uso – que no es sino la flecha. En la miseria de los tiempos, “joderlo todo” sirve como – no sin razón,

comunismo. El papel histórico del dinero y del estado sólo se puede entender desde el punto de vista de su abolición.

Que Marx y Engels no se hayan referido más a menudo a la sociedad comunista se debe, paradójicamente, a que en su tiempo dicha sociedad estaba menos al alcance que ahora y por lo tanto era más difícil de avisorar; aunque al mismo tiempo estaba más presente en las mentes de los revolucionarios. Cuando en el Manifiesto Comunista hablaban de abolir el sistema salarial, sus palabras eran comprendidas por aquellos a quienes iban dirigidas. Hoy es mucho más difícil prever un mundo liberado del estado y de las mercancías porque éstos se han vuelto omnipresentes. Pero asimismo, al hacerse omnipresentes, han perdido su justificación histórica.

Marx y Engels quizás no llegaron a comprender tan bien como un Fourier la naturaleza del comunismo como liberación y armonización de las pasiones. Fourier, sin embargo, nunca fue más allá del sistema salarial, ya que entre otras cosas seguía deseando que los doctores sean bien pagados, aún cuando esa paga corresponda más a la salud de la comunidad que a las enfermedades de sus pacientes.

Marx y Engels, no obstante, fueron lo bastante precisos para que los liberemos de responsabilidad por el sistema burocrático y financiero de los países llamados “comunistas”, que suele atribuírseles. Según Marx, en el comunismo el dinero simplemente desaparece y los productores dejan de intercambiar sus productos, mientras que Engels por su parte hace coincidir la instauración del socialismo con el fin de la producción de mercancías. Que nadie nos venga a hablar de “errores de juventud”, como suelen hacer los marxólogos: estamos hablando de la Crítica del Programa de Gotha y del Anti-Duhring.

El Fin De La Propiedad

¿Qué es la propiedad? No es una pregunta tan fácil de responder. Fijémonos

en la controversia entre Marx y Proudhon. Éste último había propuesto que “la propiedad es un robo”, asumiendo con buena razón que la propiedad no tiene su origen en la naturaleza, sino que es producida por una sociedad regida por relaciones de poder, de violencia y de apropiación privada del trabajo de otros. Decir que la propiedad es un robo, mientras que el robo sólo se puede definir en relación a la propiedad, no es más que dar vueltas en círculos.

Las cosas se complican más cuando pasamos del problema de la propiedad al de la abolición de la propiedad. ¿Hay que abolir toda propiedad, tanto la de medios de producción como la de posesiones personales? ¿Hay que hacerlo selectivamente? ¿Debiera ocurrir una ruptura radical con toda forma de propiedad y cualquier cosa que se le parezca?

El comunismo apuesta por la última alternativa. No se trata de transferir títulos de propiedad sino de hacer desaparecer la propiedad. En la sociedad revolucionaria nadie podrá “usar y abusar” de un bien por ser su dueño. No habrá excepciones a la regla. Edificios, alfileres, lotes de tierra... ya no pertenecerán a nadie, o si se prefiere, pertenecerán a todos. En poco tiempo la idea misma de propiedad será considerada absurda.

¿Entonces todo pertenecerá a todos por igual? ¿Significa esto que el primero que llegue podrá sacarme de mi casa, arrebatarme mis ropas o quitarme el pan de la boca sólo porque ya no seré dueño de mi casa, mis ropas y mi comida? Por supuesto que no; al contrario, la seguridad material y emocional de todas las personas se verá fortalecida. Es simplemente que al reclamar protección, las personas no invocarán ningún derecho de propiedad, sino directamente su interés en el asunto. Todos podrán saciar su hambre, disponer de una vivienda y de abrigo de acuerdo a su conveniencia. Todos podrán vivir en paz.

a otra del continente y sin demasiados problemas por el mundo entero es un triunfo nada despreciable para comunicar los focos conspirativos. Es una de las gracias de la metrópolis que permita a americanos, griegos, mexicanos y alemanes encontrarse furtivamente en París en el momento de una discusión estratégica.

El permanente movimiento entre los amigos comunes es de estas cosas que les protegen del desecamiento tanto como de la fatalidad de la renuncia. Acoger a los camaradas, tenerse al corriente de sus iniciativas, meditar en su experiencia, incorporar las técnicas que ellos dominan hace más por una comuna que los estériles exámenes de conciencia a puerta cerrada. Se cometería el error de subestimar lo que de decisivo puede elaborarse en las tardes pasadas confrontando nuestras visiones sobre la guerra en curso.

Derribar, poco a poco, todos los obstáculos

Como es sabido, las calles desbordan groserías. Entre lo que son realmente y lo que podrían ser esta la fuerza centrípeta de cualquier policía, que se esfuerza por restablecer el orden; y en frente, estamos nosotros, es decir el movimiento opuesto, centrífugo. No podemos sino alegrarnos, por donde quiera que surjan, del arrebato y el desorden. No hay nada de sorprendente en que las fiestas nacionales, que nada festejan, terminen mal sistemáticamente, desde ahora. Rutilante o destrozado, el mobiliario urbano – pero ¿dónde comienza? ¿dónde termina? – materializa nuestra común desposesión. Perseverante en su nada, no pide realmente sino regresar. Contemplamos lo que nos rodea: todo espera su momento, la metrópolis adquiere de golpe aires melancólicos, como sólo los tienen las ruinas.

Que se conviertan en metódicas, que se sistematicen, y los incivilizados se agrupen en una guerrilla difusa, eficaz, que nos devuelva a nuestra ingobernabilidad, a nuestra indisciplina primordiales. Es emocionante que entre las virtudes militares reconocidas al partisano figure precisamente la indisciplina. De hecho, nunca se deberían haber separado rabia y política. Sin

El territorio actual es el producto de varios siglos de operaciones policiales. Se ha expulsado a la gente fuera de sus campos, después de las calles, después fuera de sus barrios y finalmente fuera de los patios de sus edificios, con la loca esperanza de contener cualquier vida entre las cuatro pringosas paredes de la privacidad. La cuestión del territorio no se plantea para el Estado como para nosotros. No se trata de poseerle. De lo que se trata es densificar localmente las comunas, las circulaciones y las solidaridades hasta el punto de que el territorio se vuelva ilegible, opaco a cualquier autoridad. El territorio no es un asunto a ocupar sino de ser.

Cada práctica hace existir un territorio: territorio del trapicheo o de la caza, territorio de los juegos infantiles, amorosos o del motín, territorio del campesino, de la ornitología o del paseante. La regla es sencilla: cuantos más territorios se superponen en una zona determinada, hay mayor circulación entre ellos, y el poder encuentra menos posiciones. Bares, imprentas, gimnasios, solares, librerías de viejo, tejados de edificios, mercados improvisados, kebabs, garajes, pueden escapar fácilmente a su vocación oficial a poco que encuentre suficientes complicidades. La auto! organización local, imponiendo su propia geografía a la cartografía estatal, la confunde, la anula: produce su propia secesión.

Viajar. Establecer nuestras propias vías de comunicación

El principio de las comunas no consiste en oponer la metrópolis y su movilidad al arraigo local y la lentitud. El movimiento expansivo de constitución de comunas debe adelantar subterráneamente al de la metrópolis. No vamos a rechazar las posibilidades de desplazamiento y de comunicación ofrecidas por las infraestructuras mercantiles, precisamente conociendo los límites. Para ello basta ser bastante prudentes, bastante anodinos. De lo contrario, visitarse a uno mismo es más seguro, no deja huella y forja los vínculos más consistentes que la mayor lista de contactos de Internet. El privilegio concedido a muchos de nosotros de poder “circular libremente” de una punta

De la Escasez a la Abundancia

En la sociedad comunista el derecho y el sentimiento de la propiedad se extinguirán porque se habrá puesto fin a la escasez. La gente ya no tendrá que aferrarse a un objeto por miedo a no perderlo si se descuidan por un instante.

¿Mediante qué artilugio mágico pretendemos instaurar una tal era de abundancia?, preguntan con ironía los burgueses. No hay nada mágico en ello. Haremos aparecer la abundancia porque ya está aquí bajo nuestros pies. El problema no es crearla sino simplemente liberarla. Es justamente el capital el que ha abierto la posibilidad de la abundancia, mediante la subyugación de la gente y de la naturaleza a lo largo de siglos. No es que el comunismo súbitamente vaya a producir abundancia: es que el capitalismo mantiene artificialmente la escasez.

En las sociedades comunistas los bienes estarán disponibles libremente y sin cobro alguno. Toda la organización de la sociedad, hasta sus cimientos, tendrá lugar sin mediación del dinero.

¿Cómo evitar que la riqueza sea apropiada por unos pocos a costa de los demás? ¿No sucederá que nuestra sociedad, tras un momento de euforia en que la gente se contente con los recursos disponibles, caerá en el caos y la desigualdad para finalmente hundirse en el desorden y el terror?

En la sociedad comunista desarrollada las fuerzas productivas serán suficientes para satisfacer las necesidades existentes. El ansia desenfadada y neurótica por consumir y acumular desaparecerá. Resultará absurdo querer acumular cosas: ya no habrá dinero que ahorrar ni asalariados que emplear. ¿Para qué va uno a acumular latas de conservas o artefactos eléctricos que no usará?

En este mundo nuevo la gente no tendrá que estar siempre pagando y ajustando cuentas para alimentarse, viajar o divertirse. Rápidamente

perderán el hábito de hacerlo. De ello nacerá un sentimiento de ser realmente libres. La gente se sentirá en casa en todas partes. Al no estar constantemente bajo vigilancia, no sentirán la tentación de engañar. ¿Para qué mentir o acumular en secreto si uno tiene la seguridad de obtener lo que necesita?

Poco a poco el sentimiento de la propiedad irá desapareciendo, y nos parecerá en retrospectiva algo mezquino y vergonzoso. ¿Por qué aferrarte a un objeto o a una persona cuando el mundo entero es tuyo?

Esta nueva gente se parecerá a sus ancestros cazadores y recolectores que confiaban en una naturaleza que les daba gratuitamente y a menudo en abundancia todo lo que necesitaban para vivir, y que no conocían la preocupación por el mañana, sobre el que de todos modos no tenían ningún control. Para la gente del futuro la naturaleza será el mundo que ellos mismos habrán forjado, y la abundancia la crearán con sus propias manos. Se sentirán seguros de sí mismos porque confiarán en su propia fuerza y conocerán sus limitaciones. No estarán preocupados porque sabrán que el mañana les pertenece. ¿La muerte? Existe. Pero no tiene sentido llorar por lo que es inevitable. La cuestión es estar en posición de poder disfrutar del momento presente.

sequías, vio a centenares de millares de campesinos pobres organizarse en torno a incontables clubes de boxeo al aire libre para reclamar a los ricos y a los colonos lo que les habían expoliado. Fue la guerra de los boxers. Nunca será muy temprano para aprender y practicar lo que tiempos menos pacíficos, más imprevisibles, van a requerirnos. Nuestra dependencia de la metrópolis – de su medicina, de su agricultura, de su policía – en el presente, es tal que no podemos atacarla sin ponernos en peligro. Es la consciencia no formulada de esta vulnerabilidad la que provoca la espontánea autolimitación de los actuales movimientos sociales, a que hace temer las crisis y desear la “seguridad”. Debido a ella, las huelgas han cambiado el horizonte de la revolución por el del retorno a la normalidad. Deshacerse de esta fatalidad apela a un largo y consistente proceso de aprendizaje, de múltiples, masivas experimentaciones. Se trata de saber pegarse, saltar cerraduras, curar fracturas además de anginas, construir un emisor de radio pirata, montar comedores en la calle, aspirar a lo justo, pero también reunir los saberes dispersos y constituir una agronomía de guerra, comprender la biología del plancton, la composición de los suelos, estudiar las asociaciones de plantas y recobrar, en fin, las intuiciones perdidas, todos los usos, todas las relaciones posibles con nuestro medio inmediato y los límites, más allá de los cuales, le agotamos; (hay que hacerlo) desde hoy y en los días en que los necesitemos para obtener algo más que una parte simbólica de nuestra alimentación y de nuestros cuidados.

Crear territorios. Multiplicar las zonas de opacidad

Los reformistas convienen en la actualidad que “la proximidad del peak oil”, y “para reducir las emisiones de gas del efecto invernadero”, se necesita “delimitar la economía”, favorecer el abastecimiento regional, los pequeños circuitos de distribución, renunciar a las importaciones lejanas, etc. Lo que olvidan es que lo apropiado de todo lo que se hace localmente en cuestiones de economía hay que hacerlo en negro, de manera “informal”; que esta simple medida ecológica de delimitación de la economía implique nada menos que liberarse del control estatal, o someterse a él sin reservas.

sería más lógico que las ruedas, las fresadoras, las fotocopiadoras vendidas en rebajas al cierre de una fábrica sirvan a cambio para apoyar alguna conspiración contra la sociedad mercantil.

El sentimiento de la inminencia del derrumbe es tan viva por todas partes como el esfuerzo por enumerar cada experimento en curso en materia de construcción, de energía, de materiales, de ilegalidad o de agricultura. Existe todo un conjunto de saberes y técnicas que solo espera a ser saqueado y arrancado de su embalaje moralista, canalla o ecologista. Pero este conjunto no es aún más que una parte de las intuiciones, de las habilidades, del ingenio propio de las chabolas que necesitaremos desplegar si esperamos repoblar el desierto metropolitano y asegurar la viabilidad de una insurrección a medio plazo.

¿Cómo comunicarse y moverse en una interrupción total de los flujos? ¿Cómo restaurar las culturas campesinas en las zonas rurales hasta que puedan soportar de nuevo las densidades de población que tenían hace sesenta años? ¿Cómo transformar los espacios hormigonados en huertos urbanos, como hizo Cuba para sobrevivir al embargo americano y a la liquidación de la URSS?

Formar y formarse

Nosotros, que tanto hemos utilizado las distracciones de la democracia mercantil, ¿qué nos ha quedado? ¿Qué es lo que un día nos puso a hacer footing el domingo por la mañana? ¿Qué es lo que mantiene a todos esos fanáticos del karate, esos locos del bricolaje, de la pesca o de la micología? ¿Qué sino la necesidad de llenar una completa ociosidad, de recomponer su fuerza de trabajo o su “capital de salud”? La mayor parte de las diversiones podrían despojarse fácilmente de su carácter de absurdo, y convertirse en otra cosa. El boxeo no siempre ha sido reservado para hacer demostraciones para la Téléthon o para dar un gran espectáculo. La China de principios del siglo XX, dividida por las hordas de colonos y hambrienta a causa de muchas

COMUNISMO. ELEMENTOS PARA LA REFLEXIÓN (8)

La Insecurité Sociale. 1985

Queréis suprimir el trabajo asalariado, pero ¿qué queréis poner en su lugar? ¿Qué proponéis? Se nos dice. ¿Podemos contentarnos con responder que la abolición del trabajo asalariado no puede concebirse más que como un movimiento social, un proceso de emancipación y liberación que convulsiona el conjunto de nuestra vida? ¡Eso significa un cambio total en las relaciones sociales! O sea, en una palabra: el comunismo. Entonces, el comunismo, suponiendo que sea algo diferente a la imagen del Gulag ligada a los partidos o a los estados autodenominados comunistas, ¿qué es?

Se puede uno contentar con encogerse de hombros y pensar que quienes no pueden o no quieren comprender actualmente se verán de todas formas bajo la presión de las condiciones objetivas. Se puede considerar que quienes preguntan “y entonces ¿qué proponéis?” no son más que corderos en busca de nuevos pastores. Esto puede ser cierto para algunos individuos, pero la explicación es, en todo caso, insuficiente. Impide ir más lejos. Se podría uno preguntar si tales cuestiones tenían sentido en el pasado o, al menos, si tenían el mismo que hoy en día. Se dudaría, antes de responder afirmativamente: todas estas cuestiones son típicas de un mundo que no tiene nada que ofrecer. Antes se ofrecían alternativas en ruptura o en continuidad con el modelo social imperante. Y tales alternativas aparecían en algunos detalles de la vida cotidiana. Existía, en cierta medida, una cultura proletaria que se representaba en particulares formas de vestir, comer y relacionarse... Existía un medio en el que circulaban ideas revolucionarias de expropiación de los patronos y propietarios. Actualmente el capitalismo ha invadido todos los aspectos de la vida. Ha sabido crear la ilusión de que todos compartimos una misma existencia, con algunas diferencias cuantitativas. Su dominación sobre la sociedad no se ha realizado tanto por la coerción física, como por la aceptación de un modelo (la relación mercantil), considerada como natural y/o necesaria, aunque sea un mal necesario. Tal

dominación implica que los hombres no perciban sus condiciones reales de existencia sino como vinculadas a la adoración de una abstracción –el dinero–, que se apropia y da forma a la actividad humana en todos sus aspectos en función de las necesidades que tiene el capital de acumularse y de realizarse a través de la venta de mercancías. Mucho más que los dioses o los tiranos del pasado, el capital no tiene en cuenta nada ni a nadie. Los seres humanos, sus relaciones, como los medios que utilizan para vivir, llegan a ser determinados por este elemento único: el dinero, cuya mayor o menor cantidad permite comparar y representar tanto el producto de la actividad de un hombre como su honor o su cuerpo, tanto la piel de un animal como un paisaje o un bosque; todo, absolutamente todo, puede tener su equivalente monetario y ser de este modo cuantificable, mensurable. Esta sumisión a la mercancía hace que nada tenga valor en sí. Y este movimiento de mistificación ha alcanzado su máximo nivel con el capital plenamente desarrollado.

Se podría llegar a la conclusión de que el proletariado se haya totalmente integrado en el capitalismo por este movimiento, excluyendo toda perspectiva revolucionaria. Se podría, también, considerar que la desposesión de los seres en relación a la propia vida no es sino una etapa hacia el abandono de toda sociedad fragmentada en clases. En un caso el diluvio, en otro... el purgatorio seguido del paraíso terrestre. La realidad es bastante más compleja y se burla de los profetas.

Plantear la cuestión “¿qué es lo que proponéis?” puede a un tiempo expresar un embrión de rebeldía (en la medida que, considerar que podría existir un mundo más humano representa ya una cierta ruptura) y la dificultad de ir más allá. Qué más natural, por tanto, que preguntar a quienes expresan ya esta ruptura -y teorizándola, a menudo, colectivamente-qué es lo que piensan... o, en el lenguaje dominante, qué es lo que proponen. Es aquí donde radica la trampa: esperar de otros un modo de empleo (en lenguaje político, un programa) para reemplazar pasivamente un mundo por otro. Esa cuestión no puede tener sentido más que si significa: “Siento este mundo como algo

las bolsas de estudios acumuladas, las primas obtenidas por los partos ficticios, los tráfico y muchos otros medios que nacen de cada cambio del control. No nos tienen a nosotros para defenderles, ni nosotros (podemos) instalarles en los abrigos de la fortuna o mantenerles como un privilegio de iniciado. Lo que es importante cultivar, difundir, es esta necesaria disposición al fraude y a compartir las innovaciones. Para el común, la cuestión del trabajo no se plantea sino en función de los demás ingresos posibles. No es necesario descuidar los conocimientos útiles que el ejercicio de ciertos oficios, formaciones o buenos empleos nos procuran.

La exigencia de la comuna es la de liberar para cualquiera el mayor tiempo posible. Exigencia que no se contabiliza, no esencialmente, en número de horas libres de cualquier explotación salarial. El tiempo liberado no nos da vacaciones. El tiempo ocioso, el tiempo muerto, el tiempo del vacío y del miedo a la vida, es el tiempo del trabajo. En adelante no hay un tiempo que llenar, sino una liberación de energía que ningún “tiempo” contiene; líneas que se dibujan, que se acentúan, que podemos prolongar en el ocio, hasta el límite, hasta verlas cruzarse con otras.

Saquear, cultivar, fabricar

Los veteranos de Metaleurop se hacen atracadores antes que matones. Los empleados de EDF enseñan a sus amigos cómo trucar el contador. El material “caído del camión” se revende sin dudar. Un mundo que se proclama tan abiertamente cínico no podía esperar ninguna lealtad de los proletarios.

Por un lado, una comuna no puede contar eternamente con el “Estado providencia”, por otro no puede contar con vivir mucho tiempo del robo de productos, de la recuperación de los cubos de basura de los supermercados o las noches en los depósitos de las zonas industriales, de la malversación de subvenciones, de las estafas a las aseguradoras y de otros fraudes, resumiendo: del pillaje. Debe preocuparse pues de incrementar permanentemente el nivel y la extensión de su auto! organización. Nada

Una comuna se forma cada vez que algunos, liberados de la camisa de fuerza individual, se comprometen a no contar más que con ellos mismos y a ajustar su fuerza a la realidad. Cualquier huelga salvaje es una comuna, cualquier casa colectivamente ocupada fundada en motivos claros es una comuna, los comités de acción del 68 eran comunas como lo eran las aldeas de esclavos negros en Estados Unidos o radio Alice, en Bologne, en 1977. Toda comuna quiere ser su propia base. Quiere resolver la cuestión de las necesidades. Quiere romper, al tiempo que cualquier dependencia económica, cualquier sujeción política y degenera desde que pierde el contacto con las verdades que la fundan. Existen todas clase de comunas, que no esperan ni la fama, ni a los medios, ni todavía menos al “buen momento” que nunca llega, para organizarse.

Organizarse

Organizarse para no tener que trabajar

Los chollos cada vez son más raros, y a decir verdad, es muy frecuente perder demasiado tiempo y aun así continuar aburriéndose. Se caracterizan, además, por pobres condiciones de siesta y de lectura.

Se sabe que el individuo vale tan poco que debe ganarse la vida, que debe cambiar su tiempo por un poco de vida social. Tiempo personal, para la existencia social: este es el trabajo, este es el mercado. El tiempo de la comuna escapa de entrada al trabajo, no funciona en su concurrencia, y preferirá otros. Grupos de piqueteros argentinos arrancan colectivamente un tipo de RMI local condicionado a (realizar) algunas horas de trabajo; no hacen estas horas, comparten sus ganancias y se dotan de talleres de confección, de panadería, ponen en marcha jardines donde los necesitan.

Hay que ganar dinero para la comuna, de ninguna manera por ganarse la vida. Todas las comunas tienen cajas negras. Las combinaciones son múltiples. Además del RMI, existen los subsidios, las bajas por enfermedad,

inhumano y no veo más que con dificultad la posibilidad de otra forma de vida”.

Vale, muy bonito todo eso, ¿y el Comunismo?

Las definiciones que se pueden dar del comunismo son múltiples, incluso sin tener en cuenta la dictadura estatal que conforma la realidad de los países del este o de “las naciones liberadas” del tercer mundo y el programa de los partidos y grupúsculos que se arrojan esa etiqueta.

Si para muchas personas esa triste realidad evoca el término comunismo, es debido -entre otras razones-a que es más fácil concebir la transición de un sistema de explotación a otro, que a una sociedad que suprima la explotación. En cuanto al planteamiento de un largo periodo de incrustación del comunismo en el capitalismo durante el cual el primero se consolidaría en detrimento del segundo, es un absurdo. Es esta absurda idea la que se proponen realizar los diversos “socialismos”, especies de modo de producción mal definido, cuyos defensores no han podido nunca exponer sobre qué relaciones sociales se basa, si no es en el mero reemplazo de la propiedad privada por la propiedad estatal y de la “anarquía” del mercado por la planificación –conservando las bases del capitalismo: trabajo asalariado y mercancía.

El comunismo, tal como nosotros lo entendemos, es ante todo la tendencia a la comunidad humana que bajo diferentes formas se ha caracterizado por la búsqueda de un mundo donde no existiese ni ley, ni propiedad, ni Estado, ni discriminación que separe, ni riqueza que distinga, ni poder que oprima.

El comunismo no es una política. No es un programa que se trataría de oponer a otros programas y de hacer triunfar por la fuerza de su argumentación o por la violencia de las armas. Quienes se adhieren al comunismo no ambicionan la conquista del Estado y la sustitución del poder injusto y perverso de la burguesía por el suyo, justo y responsable. El triunfo de lo político, con el Estado, no es nuestro propósito. Es la clase capitalista

quien lo ha realizado, a nuestro entender. El Estado no es, ante todo, los ministerios, los palacios presidenciales... es el ejercicio del poder político por una parte de la sociedad sobre el resto. Más allá de las diferentes formas de organización del poder, de la intensidad de la opresión sufrida, la política es la división social entre dominantes y dominados, la división de los hombres entre dueños del poder y sujetos al mismo. La revolución comunista, si tiene lugar, será la eliminación y no la consumación de esta tendencia. Así las nociones de democracia y dictadura, referidas a las formas jurídicas del poder estatal tal y como fueron formalizadas por la filosofía de la ilustración, dejarán de tener sentido. La dictadura, como la democracia, proviene de la exigencia de mantener la cohesión social, ya sea mediante la coerción, ya sea por la idealización, en una sociedad cuyo movimiento rompe los lazos tradicionales y personales entre los grupos y los individuos. El comunismo representa, por contra, la manifestación de otras relaciones, de una comunidad humana. La revolución comunista no puede ser desde sus primeros pasos, más que el acto fundador de esa comunidad. Creer que deberá reconstruir, despótica o democráticamente, una comunidad ficticia, es fundarla en su origen sobre la negación de su propia dinámica. Todos los subterfugios, a este propósito, no cambian nada: los himnos a la Política, el culto al Estado, no son ni el comunismo ni el camino desviado (!) que puede conducir a él.

El comunismo no es, tampoco, un tipo de organización económica o una nueva distribución de la propiedad. La comunidad comunista no se instaurará sobre la propiedad "común" pues el concepto de propiedad significa acaparamiento, posesión de unos en detrimento de otros. La circulación de los bienes no podrá efectuarse según las modalidades del intercambio: un bien por otro. En una sociedad en la que nadie está excluido no puede sino ignorarse el intercambio, la compra y la venta: el dinero. Habrá utilización colectiva o individual de lo que produce la comunidad. La lógica del compartir sustituirá a la lógica del intercambio. Los seres humanos se asociarán para llevar a cabo tal o cual acción, compartir tal placer o cual emoción, y responder a una u otra necesidad de la comunidad, sin que tal agrupamiento

lo que haces; el defecto de los medios militantes, es quitarte la energía para hacerlo. Los medios militantes extienden su difuso tejido sobre la totalidad del territorio francés, están en camino de convertirlo todo en revolucionario. Sólo son portadores del número de sus fracasos y del resentimiento que conciben. Su usura, como su excesivo impulso, les han convertido en inadecuados para atrapar las posibilidades del presente. Se habla demasiado, además, a fin de llenar una pasividad desgraciada; y esto les convierte en poco seguros policialmente. Como es inútil esperar algo de ellos, es estúpido decepcionarse por su esclerosis. Basta abandonarles en su pinchazo.

Todos los medios son contrarrevolucionarios, porque su único negocio es defender su maldita comodidad.

Constituirse en comunas

La comuna es lo que pasa cuando los seres se encuentran, se escuchan y deciden caminar juntos. La comuna, puede ser lo que se decide en el momento en que sería habitual separarse. Es la alegría del encuentro que sobrevive al agobio de rigor. Es lo que hace que se diga "nosotros" y que sea un acontecimiento. Lo que es extraño no es que seres que concuerdan formen una comuna sino que se separen. ¿Por qué no se multiplicarían hasta el infinito? En cada fabrica, en cada calle, en cada pueblo, en cada escuela. ¡Finalmente, el reino de los comités de base! Pero comunas que aceptasen ser lo que son allí donde lo son. Y si es posible, una multiplicidad de comunas que sustituyesen a las instituciones sociales: la familia, la escuela, el sindicato, el club deportivo, etc. Comunas que no temiesen, más allá de sus actividades propiamente políticas, organizarse para la supervivencia material y moral de cada uno de sus miembros y de todos los extraviados que les rodean. Comunas que no se definiesen – como hacen generalmente los colectivos – por un dentro y un afuera, sino por la densidad de los lazos en su interior. No por las personas que les compongan sino por el espíritu que les anima.

mundial. Nosotros tenemos la totalidad del espacio social para encontrarnos. Tenemos los conductos cotidianos de insumisión para saber quiénes somos y desenmascarar a los esquirols. Tenemos hostilidad a esta civilización para delinear solidaridades y frentes a escala mundial.

No esperar nada de las organizaciones.

Defenderse de todos los medios existentes, y en principio llegar a ser uno.

No es extraño que se crucen, a lo largo de una desafiación consecuente, las organizaciones – políticas, sindicales, humanitarias, asociativas, etc. Sucede que aquí se encuentran algunos seres sinceros, pero desesperados, o entusiastas, pero astutos. La atracción de las organizaciones reside en su aparente consistencia – tienen una historia, una sede, un nombre, los medios, un jefe, una estrategia y un discurso. No reside en arquitecturas agotadas, como esfuerzo por ganar el respeto debido a sus heroicos orígenes. En cada cosa como en cada uno de sus niveles, la primera ocupación que tienen es su supervivencia como organizaciones y nada más. Sus repetidas traiciones les han enajenado, muy a menudo, la adhesión de sus bases. Y esto es porque a veces reúnen seres apreciables. Pero la promesa que contiene el encuentro no se podrá realizar más que fuera de la organización y, necesariamente, contra ella.

Mucho más temibles son los medios, con su textura flexible, sus chismes y sus jerarquías informales. Todos los medios son a rehuir. Cada uno está encargado de neutralizar una verdad. Los medios literarios están ahí para acallar la evidencia de los escritos. Los medios libertarios, la acción directa. Los medios científicos, para impedir lo que sus investigaciones implican en la actualidad para la mayoría. Los medios deportivos para limitar con sus gimnasias las diferentes formas de vida que deberían engendrar las diferentes formas de deporte. Particularmente evitables son los medios culturales y los medios militantes. Son los dos asilos en que tradicionalmente vienen a parar todos los deseos de revolución. El defecto de los medios culturales es el de señalar las intensidades nacientes y de sustraerte, al exponerlo, el sentido de

adopte la forma de Estado –la dominación de unos sobre otros–, o de empresas que emplean a trabajadores asalariados y que cuantifican en dinero su producción. No se podrá hablar, en una sociedad así, de “leyes económicas”, leyes que son actualmente la expresión de la dominación de las relaciones mercantiles.

Con la abolición del Estado, del dinero y de la mercancía, existirá un control consciente de los seres humanos sobre su propia actividad a través de las relaciones e interacciones existentes entre ellos y entre ellos y el resto de la naturaleza. El comunismo será una sociedad donde la primera riqueza reside en las relaciones humanas; donde el conjunto de los seres humanos tenga la posibilidad de querer realmente lo que hacen, el tiempo y el espacio en que viven y que dependen de ellos mismos. Supone también la libre asociación entre mujeres, hombres y niños, más allá de los roles de dependencia y sumisión recíproca. Asimismo, el comunismo comporta la toma de conciencia en torno al hecho de que la escasez o la miseria no dependen de una escasa acumulación de medios, de cosas y de objetos, sino que proviene de una organización social fundada sobre el acaparamiento por parte de algunos en detrimento de los demás.

Todo lo cual implica que en el comunismo, la tendencia a la comunidad humana no es el producto exclusivo de las contradicciones del capitalismo. Desde nuestro punto de vista, este no tiene más que una contradicción insuperable: la especie humana. Se puede pensar que el capitalismo ha desarrollado las bases que permiten o favorecen el advenimiento del comunismo (desarrollo de las fuerzas productivas, homogeneización de las condiciones de explotación...).

Pero este es un juicio a posteriori. Si los modos de producción anteriores no han conducido al comunismo, no es posible afirmar que fuera algo ineluctable. El modo de producción capitalista, de todas formas, no ha ofrecido ninguna novedad.

La dominación del capitalismo presentándose como la culminación de la historia de la humanidad, ha producido explicaciones del pasado en las que las relaciones entre los hombres están entendidas siempre bajo el signo de la conquista del pastel cuyas partes no son siempre suficientemente grandes para todos. Esta presuposición de la escasez como fenómeno invariante, al cual se enfrentaría la especie humana desde sus orígenes, hace abstracción de las relaciones concretas entre los hombres ya sea que reposen sobre la cooperación o la explotación. Tal suposición escamotea que la oposición entre necesidades y escasez es, de hecho, la expresión de condiciones sociales en las que los seres humanos se hallan divididos entre explotadores y explotados. Así, la escasez produciría la violencia humana, siendo ésta felizmente canalizada por el desarrollo de la economía. La competencia entre los hombres producida por este desarrollo crearían una vía de salida a esa violencia, convirtiéndose en un factor beneficioso ya que el desarrollo de las fuerzas productivas permite colmar la escasez original, permitiendo a los hombres disponer cada vez de más objetos, de más cosas. El Capital habrá, así, creado una elevada productividad que permitirá a los hombres acabar con la división social en clases ya que el crecimiento de los recursos de los cuales la humanidad dispone actualmente, no “necesitaría” ya la apropiación por unos hombres en detrimento de otros.

Pero si “fuerzas productivas” y “relaciones de producción” no pueden desarrollarse de forma armoniosa (sin crisis, guerras...), ambas expresan las mismas relaciones entre los hombres que determinan lo que debe ser producido y los medios para producirlo. El capitalismo, al ser un sistema social en el que existe una generalización y extensión de las relaciones mercantiles, implica que la búsqueda de la valorización del dinero haga abstracción de todo lo que le concierne con el único fin de convertirlo en mercancía. Todos los medios que permiten ahorrar tiempo y reducir los inconvenientes e indeterminaciones en la realización del producto con el fin de asegurar su intercambiabilidad, son adoptados para dar forma a un proceso continuado de producción de mercancías. La búsqueda de medios que aseguren la vitalidad del mercado se orienta, de un lado, en el sentido de introducir en los hombres

La insurrección que llega

El ser aislado que se apega al estado de las cosas tropieza fatalmente con sus semejantes. De hecho, cualquier proceso subversivo parte de una verdad que no se abandona. Se ha visto en Hamburgo, en los años 1980, en los que un puñado de ocupantes de una casa ocupada decide que, en lo sucesivo, será necesario pasar sobre ellos para expulsarles. Fue un barrio asediado por tanques y helicópteros, por días de lucha callejera, por grandes manifestaciones y un ayuntamiento que, finalmente, capituló. Georges Guingouin, el “primer guerrillero de Francia”, no tuvo en 1940, otro punto de partida que la certeza de su rechazo a la ocupación. Para el Partido comunista no era entonces más que un “loco que vivía en el monte”; hasta que fueron veinte mil los locos que vivían en el monte, y liberaron Limoges.

No retroceder ante lo que cualquier amistad traiga de política

Se nos ha acostumbrado a una idea neutra de la amistad, como pura afección sin consecuencia. Pero cualquier afinidad es afinidad en una verdad común. Cualquier encuentro es encuentro en una afirmación común, aunque sea esta la destrucción. Uno no se compromete inocentemente en una época en la que es necesario mentir para trabajar, y trabajar, a continuación, para conservar la capacidad de mentir. Seres que, partiendo de la física cuántica, se comprometían a afrontar todas las consecuencias en cualquier campo no pactarían de un modo menos político que los camaradas que mantienen una lucha contra una multinacional de la agroalimentación. Serían llamados, tarde o temprano, al abandono y al combate.

Los precursores del movimiento obrero tenían el taller y la oficina para encontrarse. Tenían la huelga para saber quiénes eran y desenmascarar a los esquirols. Tenían la relación salarial, que fija las posturas del partido del Capital y del partido del Trabajo, para dibujar solidaridades y frentes a escala

movimiento social. Esperar todavía, es una locura. La catástrofe no es lo que llega sino lo que ya está ahí. De ahora en adelante nos situamos en el movimiento de desplome de una civilización. Tenemos que tomar partido.

No esperar más, es, de una u otra manera, entrar en la lógica insurreccional. Es escuchar de nuevo, en la voz de nuestros gobernantes, el ligero temblor del terror que nunca les abandona. Pues gobernar nunca fue otra cosa que aplazar con mil subterfugios el momento en el que el pueblo les colgara, y todo acto de gobierno no es más que un modo de no perder el control de la población.

Partimos de un punto de aislamiento extremo, de extrema impotencia. Todo está construyendo un proceso insurreccional. Nada parece menos probable que una insurrección, pero nada es más necesario.

Encontrarse

Unirse a aquello que se demuestra como verdad.

Partir de ahí

Un encuentro, un descubrimiento, un vasto movimiento de huelga, un temblor de tierra: cualquier acontecimiento produce verdad, alterando nuestra manera de estar en el mundo. Inversamente, una constante que nos resulta indiferente, que nos deja iguales, que no compromete a nada, no merece el nombre de verdad. Hay una verdad subyacente a cada gesto, a cada práctica, a cada relación, a cada situación. La costumbre de eludirla, de gestionar, es lo que produce el desvarío característico más frecuente en esta época. De hecho, todo se implica con todo. El sentimiento de vivir en la mentira todavía es verdad. Se trata de no perderla, incluso de partir de ella.

Una verdad no es una visión el mundo sino lo que nos mantiene unidos a él de modo irreductible. Una verdad no es cosa alguna que se posea sino algo que nos sostiene. Me hace y me deshace, me constituye y me destituye como individuo, me aleja de muchos y me vincula con los que la comparten.

nuevas “necesidades” y hacerles sufrir nuevas “penurias” y “carencias” y, de otro, a reducir sus capacidades de iniciativa y a mutilar sus facultades intelectuales y corporales. De la manufactura al maquinismo industrial, de la automatización a la informática y la robótica, se vislumbra cómo los hombres son más superfluos, reduciéndolos a un conjunto de gestos predeterminados sobre los que no tienen ningún poder, llegando a hacer incluso superfluas las relaciones entre ellos, tan ocupados como están en vigilar y controlar unos procesos que se les escapan completamente.

El desarrollo de las fuerzas productivas expresa la dominación de la mercancía en su movimiento de reducción de la actividad humana a puro gasto de energía. No es pues la comunidad, la realización de los hombres, la felicidad, lo que puede traer consigo, sino únicamente mercancías.

:: :: ::

A través de los diferentes modos de organización social, la tendencia al comunismo se ha definido por su vocabulario correspondiente. Así, en la sociedad feudal pudo tomar el disfraz y el lenguaje religioso. Actualmente, definir el comunismo como un mundo sin estas dos, fronteras, dinero... viene a ser como decir que el comunismo... no es el capitalismo. Las definiciones no son más que el reflejo del mundo en que vivimos. Más allá de este reflejo, existe una especie de invariancia del comunismo. No la invariancia de un programa o de una organización de cualquier tipo; sino la permanente aspiración de los seres humanos a asociarse, a comunicarse entre ellos y a relacionarse con un entorno concebido no como un objeto que la actividad humana debe someter, sino como algo complementario. Es la vieja aspiración de la igualdad, del compartir y de la comunidad la que estaba presente en el mito de la edad de oro, en las rebeliones de los esclavos de la antigüedad y las de los campesinos de la edad media. Una tendencia que vuelve a manifestarse en algunos proyectos de los utopistas, y después, en el empeño de las luchas proletarias por sobrepasar sus objetivos inmediatos.

LA INSURRECCIÓN QUE LLEGA (21)

Comité Invisible. 2007

¡En Marcha!

No vemos por donde comienza una insurrección. Sesenta años de pacificación, de suspensión de los cambios históricos, sesenta años de anestesia democrática y de gestión de los acontecimientos han debilitado en nosotros una cierta percepción abrupta de lo real, el sentido partisano de la guerra en curso. Para empezar, debemos recobrar esta percepción.

No hay que indignarse por el hecho de que desde hace cinco años se aplique una ley tan notablemente anticonstitucional como la ley sobre la Seguridad cotidiana. Es inútil protestar legalmente contra la implosión consumada del marco legal. Es preciso organizarse en consecuencia.

No hay que comprometerse con tal o cual colectivo ciudadano, en este o aquel callejón sin salida de la extrema izquierda, en la última impostura asociativa. Todas las organizaciones que pretenden contestar el orden actual tienen, como los fantoches, la forma, las costumbres y el lenguaje de un Estado en miniatura. Todas las veleidades de “hacer de la política otra cosa” nunca contribuyeron, hasta hoy, más que a la extensión de los seudópodos estatales.

No hay que reaccionar a las noticias diarias, sino comprender cada información como una operación que descifrar en un campo hostil de estrategias, operación concerniente a suscitar en tal o cual lugar, tal o cual tipo de reacción; y efectuar esta operación para conocer la información veraz que está contenida en la información aparente.

No hay que esperar más una calma, la revolución, el Apocalipsis nuclear o un

Decir esto no significa afirmar que toda la historia de la especie humana sea una evolución “programada” hacia el comunismo. La historia no tiene sentido, ni siquiera una total irreversibilidad. Lo que se ha hecho posible hace cientos o millones de años no ha quedado totalmente abolido. La “historia” no es un Moloch devorador de lo posible que condene el devenir humano a su despojamiento inevitable e irremediable. Significa, simplemente, que si la revolución comunista tiene lugar, no podrá sino abordar las cosas en su raíz. El hombre no puede llegar a ser realmente humano más que si descubre y realiza sus potencialidades: y no puede llevar a cabo tal descubrimiento y realización sin hacer la revolución.

Sobre la dominación de la mercancía

En las sociedades tradicionales, cualquiera que fuese la condición de sus miembros, la jerarquía, las directrices y las normas que separan a los seres humanos en dominantes y dominados estaban contrapesadas por todo un conjunto de derechos, de obligaciones que se transgredían regularmente a través de prácticas sociales (fiestas...). Además, las relaciones de dependencia y autoridad que aglutinaban a los hombres eran fundamentalmente relaciones personales. La opresión era real, pero transparente. Por el contrario, a partir del momento en que las relaciones mercantiles se generalizan y el carácter de la mercancía se extiende a la compraventa de la fuerza de trabajo por medio del salario (extensión que permitió y acompañó el establecimiento de relaciones de producción capitalista), no es la relación entre personas lo determinante sino la producción de mercancías.

Con la dominación capitalista las relaciones humanas ya no parecen depender de los hombres sino que son realizadas y determinadas por un símbolo. Puesto que pueden ser representadas, transformadas por el dinero, todas las actividades humanas se convierten en un conjunto de objetos sometidos a leyes independientes de la voluntad humana. Las relaciones personales pasan por cosas producidas y por la relación entre las mercancías.

Dicho esto, hay cierto modo de hacer teoría que conduce a no entrar nunca en contacto con el movimiento social real; de todos modos, eso no es un “problema”, y la actividad comunista hará por sí misma el reparto entre las dos maneras de ser.

Negativamente, todo lo que sirve para desmontar las diversas mistificaciones del capital, provengan del Estado, del Partido Comunista o de los izquierdistas (20), es igualmente una práctica comunista, tanto si esta propaganda se hace por la palabra, como por el texto o por el gesto. La actividad teórica es práctica. Por un lado, no hay que hacer ninguna concesión teórica. Pero por otro, la única manera de sentar el programa y permitir que el comunismo teórico juegue su papel práctico, consiste en participar en la agitación y en la unificación que los movimientos sociales emprenden desde distintos puntos. A su manera, el comunismo ha pasado ya al ataque.

En la sociedad capitalista, cualquier bien es producido para la venta, para la obtención de beneficio. No puede, por tanto, existir más que como mercancía definida por su valor. De este modo, los millones de diferentes tipos de objetos producidos por la actividad humana son reducidos a un denominador común –el valor mercantil– medido por una escala común: el dinero. Es esto lo que les permite establecer unas relaciones de equivalencia e intercambio y estar totalmente dominados por el mercado.

El dinero se convierte, así, en la abstracción universal a través de la cual todo debe pasar, y los hombres se ven emplazados, las más de las veces, a considerarse competidores potenciales que compensan la ausencia de relaciones en el fetichismo que confieren a las mercancías. Mediante la proliferación de objetos que no tienen otra utilidad que la de producir dinero y que son prótesis que reemplazan a la actividad humana, la mercancía y el afán de posesión se presentan como expresiones de la personalidad. A las necesidades humanas el capital responde con la proliferación de satisfacciones ficticias: al individuo que aspira a “reencontrar” la naturaleza, el capital se la ofrece funcional y mecanizada; a quien se abrumba bajo el peso de las imposiciones cotidianas, le procura esparcimiento; a quien busca llenar su vacío refugiándose en el amor, le sumerge en un erotismo de pacotilla. Nunca ninguna sociedad ha unificado tantos seres humanos ni ha alcanzado un grado tal de interdependencia de la actividad de unos y otros; y, sin embargo, ninguna forma de sociedad les ha hecho tan indiferentes a unos de otros, ni tan hostiles ya que los vínculos que los unen –el mercado, la competencia– les separa.

La lógica de la dominación de la mercancía es, asimismo, un sistema de despilfarro y destrucción generalizada: los bienes son producidos para que no duren o para que induzcan nuevas ventas, los recursos naturales son saqueados, las fuentes alimenticias, desnaturalizadas; el “excedente” de los productos agrícolas de una parte del mundo se destruye mientras se propaga la penuria; la economía de guerra, generalizada...

La lógica interna del capitalismo es tal que los bienes producidos no se pueden considerar al margen del proceso mercantil. Las mercancías no son bienes “neutros” (valor de uso), lo cual bastaría para eliminar su sumisión al dinero (valor de cambio). El intercambio mercantil y el uso no son más que dos aspectos de una misma relación social. El capitalismo ha fusionado producción, venta y uso dentro de una totalidad coherente. Antes se nos privará de lo que puede parecer lógicamente fundamental que del último cachivache que nos hará estar “al día”.

A través del consumo, se realiza un proceso de diferenciación en relación a quienes no compran tal producto y de identificación respecto a quienes lo compran, cuya utilización supone que nos hace vivir momentos que no vivimos y que nos permite establecer relaciones de las que carecemos. Lo que importa es la apariencia de las ventajas ofrecidas y no importa que no sean más que aparentes.

Se ha llegado a un punto en el que se calcula y determina la degradación necesaria de los objetos. Es necesario no saturar el mercado con objetos que duren demasiado, puesto que representan dinero inmovilizado. Cuanta mayor sea la rapidez con que opere un capital, con mayor rapidez adquirirá la forma de dinero para volver a convertirse en mercancía concreta, todo lo cual se traduce en una mayor rentabilidad. Cada vez se reinvierte en mayor proporción merced al beneficio obtenido en la operación anterior. Por ello, todo debe circular con rapidez.

En consecuencia, las mercancías arrojadas al mercado forman un conjunto extremadamente jerarquizado. No existe una o varias mercancías para una necesidad, sino que existen una multitud con la misma marca o con marcas rivales. Tal diversidad pretende responder a la variedad de las necesidades de la gente: “¡el cliente debe tener donde elegir!”. De hecho no existe más que la elección que le permiten sus posibilidades financieras y su función social. Numerosas mercancías responden a una misma necesidad; pero se

también, de los movimientos sociales actuales. Las discusiones sobre el comunismo generalmente se plantean en un terreno falso: se preguntan qué se hará después de la revolución. Jamás relacionan el comunismo con lo que sucede en el momento en que se habla. Hay ruptura: se hace la revolución, después se hace el comunismo. En realidad, el comunismo es la prolongación de necesidades reales que se manifiestan desde hoy pero que no llegan a buen término ni encuentran su verdadera satisfacción porque la situación actual lo impide. Hay ya desde ahora todo un conjunto de prácticas, de gestos, de actitudes mismas, comunistas: no sólo expresan un rechazo global del mundo actual, sino sobre todo un esfuerzo para, a partir de él, construir otro (19). En la medida en que esto fracasa, no se ve más que los límites, la tendencia, y no su prolongación posible (los izquierdistas sirven precisamente para teorizar estos límites como el fin del movimiento, y así los refuerzan). En la negación del trabajo en cadena, en la lucha de los desahuciados que ocupan un piso o un local vacío, aparece la perspectiva comunista, el esfuerzo por crear otra cosa, no a partir de un rechazo puro y simple del mundo actual (hippie), sino utilizando y transformando lo que ha producido y lo que despilfarra. Esta otra cosa está inscrita en estas luchas, independientemente de lo que piensen y quieran los que participan en ellas y de lo que afirmen los izquierdistas que se mezclan en ellas o las teorizan. Tales movimientos serán inducidos posteriormente a adquirir la conciencia de sus actos, a comprender lo que hacen para hacerlo mejor.

Para los que desde ahora se plantean la cuestión del comunismo, no se trata de intervenir en todas estas luchas para aportarles el mensaje comunista, proponiendo que estas acciones limitadas se giren hacia la “verdadera” actividad comunista. No se trata ahora de aportar consignas, sino en primer lugar mostrar la razón y el mecanismo de estas luchas, lo que se verán obligadas a hacer. Esta acción sólo tiene sentido si se participa realmente en tales movimientos, sin activismo, pero siempre que sea posible. Esto no significa el abandono, por parte de los que se entregan a ello, de la actividad propiamente teórica, de investigación y de exposición. No está dicho todo y este texto y otros, por ejemplo, no son sino aproximaciones al problema.

El comunismo, movimiento social actual

El comunismo no es sólo un sistema social, un modo de producción que nacerá en el futuro a partir de la revolución comunista. Esta revolución es, de hecho, un enfrentamiento entre dos mundos:

- por un lado, el conjunto de todos aquellos que se encuentran rechazados, excluidos de todo goce profundo e incluso, a veces, amenazados en su existencia física, unidos todos, sin embargo, por la obligación de entrar en relación los unos con los otros;

- por otro, el conjunto de una economía socializada mundialmente, unificada técnicamente, pero dividida en unidades constreñidas a oponerse para respetar la lógica del valor que las une, y que no retrocede ante ninguna destrucción para subsistir en cuanto tal.

El mundo de las empresas, marco actual de las fuerzas productivas, está dotado de una vida propia; se ha constituido en fuerza autónoma y somete a sus leyes el mundo de las necesidades reales. La revolución comunista es destrucción de esta sumisión. El comunismo es lucha contra esta sumisión y, en este sentido, se ha opuesto a ella desde los orígenes del capitalismo, e incluso antes, sin posibilidad de éxito (17).

De igual manera que la humanidad, al principio, ha atribuido a sus ideas, a su visión del mundo, un origen exterior a ella, creyendo que lo propio del hombre residía no en su relación social sino en su vínculo con un elemento exterior al mundo real (dios), del cual el hombre no es más que un producto; de igual modo la humanidad, en su esfuerzo de apropiación, de adaptación al mundo que la rodea, habrá debido crear previamente un mundo material, un complejo de fuerzas productivas, una economía, un mundo de objetos que la aplasta y la domina, antes de poder apropiárselo y transformarlo, adaptarlo a sus necesidades (18).

La revolución comunista no es más que la prolongación, la superación

distinguen por la calidad y el precio. Diferentes productos pueden corresponder a utilizaciones distintas; sólo que tal utilización no está al alcance de los mismos individuos. Como ocurre con la producción, tales usos están determinados socialmente.

Con el fin de enmascarar la alienación del ser humano, rebajado a la categoría de productor y después consumidor, el capitalismo debe mantener la ilusión de la separación entre producción y consumo. La separación entre producción y consumo aparece así como una división natural entre dos esferas bien diferenciadas de la vida social. Pero nada es más falso. Primero, porque la frontera entre lo que se llama tiempo de producción y tiempo de consumo no es fija. ¿En qué categoría se inscribiría la cocina, y otro tipo de actividades? En segundo lugar porque todo acto de producción es, también, necesariamente un acto de consumo. No se hace sino transformar la materia de una cierta manera y con una cierta finalidad. Al mismo tiempo que se destruyen o, si se prefiere, que se consumen ciertas cosas, se obtienen o, si se prefiere, se producen otras. El consumo es productivo y la producción consumidora.

Los conceptos de producción y consumo no son neutros. El uso capitalista del concepto de producción oculta la inserción del ser humano en su medio, en el conjunto de la naturaleza. Una gallina se convierte en una fábrica de huevos. Todo se traduce a términos de dominación y utilización. El hombre productor –que se tiene por consciente y dueño de sí mismo– va a la conquista de la naturaleza: pretendiendo ser su propio amo, del mismo modo que es dueño de los objetos a los que deforma, no cesa, sin embargo, de ser él mismo un objeto, su propio objeto.

Aspectos de la abolición de la mercancía

El comunismo, al ser la creación de nuevas relaciones entre los hombres que determinaría una forma completamente distinta de la actividad humana, ha de comportar una concepción de la producción que no sería, simplemente, lo que

es hoy, pero sin el dinero. Si se puede, a falta de otro término mejor, hablar aún de producción para expresar el proceso por el cual una parte de la actividad humana se consagraría a la reproducción de la existencia y donde se expresarían las facultades de creación, innovación y transformación, la desaparición de la explotación y la abolición del dinero significarían que tal producción no implicaría ya el sometimiento de los hombres a su realización ya que serían estos quienes determinasen los fines, medios y condiciones de toda producción. Sería, pues, una expresión de su humanidad que no despojaría a los hombres de sus otras dimensiones (amor, juego, sueño...). En el seno de un orden social comunitario, los productores no intercambiarían sus productos: igualmente, la actividad humana incorporada a esos productos no aparecería ya como su valor, como si fuera una cantidad real poseída por ellos. Esos bienes no se caracterizarían ya por tener un valor y no podrían ser tasados ni intercambiados (en función de ese valor, cualquiera que sea la forma de medirlo), ni, por tal razón, vendidos. No tendrían otra finalidad que la satisfacción de las necesidades y deseos humanos tales como se dieran en ese momento.

Con la eliminación de la producción mercantil, desaparecería la dominación del producto sobre el productor. El hombre reencontraría el vínculo con lo que hace. Con la desaparición del dinero, los bienes serían libres y gratuitos. No se trataría de disponer de una cierta cantidad de dinero para tener derecho a obtener una cosa cualquiera. Una sociedad comunista no sería, por tanto, una mera extensión de nuestra sociedad de “consumo”. No sería un inmenso supermercado donde seres pasivos no tendrían más que servirse a voluntad. No existiría una depredación de los recursos sin preocupación por el porvenir y la persecución de una serie de cachivaches inútiles que nos hacen la ilusión de estimular la invención y nos cautivan por la novedad.

Si del presente montón de detritus se decide salvar uno o dos objetos útiles y bien hechos, la actividad humana será a la vez más simple y enriquecedora. De esta forma se disiparían numerosas consecuencias de la producción que están ligadas a las “necesidades” de la rentabilidad y de la competitividad:

trabajadores pero no los ha sometido hasta el punto de ejercer sobre ellos una dominación “real”. Antiguas formas de vida comunal aún subsisten. El comunismo regeneraría muchas de ellas – como Marx pensó en referencia a las comunidades campesinas rusas – con la ayuda de tecnología “occidental” aplicada de forma diferente. Estas zonas serían en muchos aspectos más fáciles de comunizar que las gigantescas urbes “civilizadas” llenas de automóviles y adictas al televisor. En otras palabras, un proceso mundial de desacumulación.

Los Estados y cómo eliminarlos

El Estado nació como resultado de la incapacidad de los seres humanos para gestionar sus vidas. Es la unidad – simbólica y material – de lo desunido. En el momento en que el proletariado se apropia de sus medios de existencia, este instrumento de mediación empieza a carecer de función, pero su destrucción no constituye un proceso automático. No irá desapareciendo poco a poco a medida que la esfera no mercantil se vaya engrandeciendo. Lo cierto es que esa esfera sería frágil si permitiera que la maquinaria estatal continuara existiendo, como ocurrió en España entre los años 1936-1937. No hay estructura estatal que desaparezca por sí misma.

La comunización es, por tanto, algo más que una suma de acciones directas realizadas fragmentariamente. El capital será derribado por medio de la subversión general, mediante la cual las personas pasarán a controlar sus relaciones con el mundo. Pero no se conseguirá nada decisivo mientras el Estado conserve un mínimo poder. La sociedad no es un conjunto de vasos capilares: las relaciones están centralizadas en una fuerza que concentra la capacidad de conservar esta sociedad. El capitalismo estaría encantado viéndonos cambiar nuestras vidas a escala local si él continúa existiendo a escala mundial. En tanto que fuerza central, el Estado debe ser destruido por una acción central y su poder debe ser liquidado sin dejar resquicio alguno. El movimiento comunista no es apolítico, sino antipolítico. (16)

de lo que hace la revolución. Esto es válido tanto para el desencadenamiento de la revolución comunista como para el funcionamiento de la sociedad que sale de ella. La revolución no entra en acción el día en que el 51% de los obreros son revolucionarios, ni pone en marcha enseguida un aparato de decisión y de gestión. Por el contrario, es el capitalismo el que no consigue desembarazarse de las cuestiones de gestión y de “jefes”. La forma de organización de la revolución comunista, y de todo movimiento social, se deriva de su contenido. La manera como el partido, organización de la revolución, se constituye y actúa, depende de las tareas a realizar.

:: :: ::

En el siglo XIX, y aún en el momento de la Primera Guerra mundial, las condiciones materiales del comunismo estaban todavía por crear, al menos en algunos países (Francia, Italia, estaban entonces poco industrializadas, sin hablar de Rusia). La revolución comunista habría tenido que desarrollar, en un primer momento, las fuerzas productivas, poner a trabajar a los pequeños burgueses, generalizar el trabajo industrial, con la regla: quien no trabaja, no come (fórmula que no se aplicaría, ciertamente, más que a aquellos que fuesen aptos para el trabajo). Posteriormente, el progreso económico ha realizado esta tarea. Ahora existe la base material del comunismo. Ya no hay necesidad de enviar los trabajadores improductivos a la fábrica; el problema consiste en la creación de las bases de otra “industria”, totalmente distinta a la actual. Muchas fábricas deberán cerrarse, y el trabajo obligatorio quedará desterrado: lo que queremos es la abolición del trabajo como actividad disociada de los demás aspectos de la vida. Sería absurdo acabar con la profesión de la recogida de basura a la que algunos se dedican durante años si no cambian a la vez todo el proceso y la lógica de la creación y eliminación de basura.

Los países subdesarrollados – por utilizar un término anticuado aunque no del todo inapropiado – no tendrán que atravesar el período de industrialización. En muchas zonas de Asia, África y América Latina, el capital oprime a los

disminución de la importancia de la actividad humana en la fabricación de productos, despilfarro, polución, división internacional del trabajo.

El comunismo no es una apropiación del valor de los productores, sino la negación del valor. El hecho de que un producto haya sido realizado por una persona u otra no entrañará ninguna persistencia del derecho de propiedad, aunque sea “descentralizado”. La actividad productiva no estaría ya ligada a la noción de posesión, sino a la creatividad individual y colectiva, a la conciencia de satisfacer las necesidades humanas a un tiempo en tanto que individuos y en tanto que comunidad.

Con el reemplazo del intercambio por la puesta en común, los bienes dejarán de tener un valor económico y se convertirán simplemente en objetos físicos de los que los seres humanos podrían disponer para satisfacer cualquier necesidad. En esto, los objetos se diferenciarán fundamentalmente de los que (aún teniendo la misma apariencia) había creado y desarrollado el capitalismo. No se tratará simplemente de apropiarse de los bienes del pasado, sino de repensarlos, a veces de reemplazarlos, en función del gozo y no del beneficio. A este cambio de finalidad corresponderá un cambio igualmente profundo del proceso productivo, pues un cuestionamiento de la tecnología tendrá que incluir, también, el cuestionamiento de la utilización de las “adquisiciones” legadas por el capitalismo, un redescubrimiento de técnicas anteriormente abandonadas porque no eran rentables y una innovación que no someta al hombre a la máquina.

Esta nueva organización de la actividad productiva no impedirá la necesidad de hacer una estimación de las necesidades y posibilidades de la comunidad en un momento dado. Sólo que aquéllas no estarían reducidas a un denominador común medido según una unidad universal. Es en tanto que cantidades físicas que serán contadas y tendrán sentido para los hombres. Pero se hace necesario no reconducir el comunismo a meros problemas de contabilidad. Hacerlo así, supondría sustituir la perspectiva de la comunidad humana por la de un ideal tecnocrático que mantendría el trabajo en tanto que

actividad social exterior a los hombres. En el pasado, los comunistas han expuesto la idea de que la distribución de los productos podría ser regulada por la puesta en circulación de bonos de trabajo que correspondiesen a un tiempo social medio de trabajo efectuado teniendo en cuenta las deducciones destinadas a los fondos colectivos. De hecho, la existencia de un patrón común que mida producto y trabajo no puede corresponder a una abolición real del salario y del intercambio ni del valor.

Además, sería necesario –para su total “equidad”– hacer intervenir variables (por otra parte perfectamente arbitrarias) en función de la dureza del trabajo, de su interés... Se recaería, así, en un “cálculo económico” que necesita una “unidad de valor” ya sea expresada en dinero o, directamente, en tiempo de trabajo. El comunismo, en tanto que sociedad sin dinero no necesitaría, por contra, ninguna unidad universal de medida, sino que estaría calculada en función de su naturaleza. La atracción de un objeto u otro provendrá, entonces, de él mismo y no de un valor concedido más o menos arbitrariamente. Su producción, como su utilización estarán determinadas en función de lo que significarán para los hombres y la naturaleza.

Con la desaparición del valor mercantil se opera, también, la desaparición de la separación del ser humano en productor y consumidor. Para el comunista, consumir no se opondrá a producir puesto que no habrá antagonismo entre ocuparse de sí mismo y ocuparse de los otros. La producción se transformará en actividad creadora. El grupo o el individuo se expresará a través de lo que haga. A menos que no sea por imposición de la naturaleza, los hombres no tendrán ya necesidad de atribularse sin cesar, al no estar ya acosados por la necesidad de producir mercancías. El “consumidor” no podrá reprochar al “productor” la imperfección de lo que hace en nombre del dinero que le dé a cambio, sino simplemente podrá criticarlo como copartícipe del producto. Lo que se pondrá en cuestión será su obra común.

de la de 1929, marcada por una gigantesca parálisis económica. En todo caso, para unificar los diversos elementos en revuelta contra el trabajo asalariado, es necesario que la sociedad conozca dificultades suficientemente graves como para no poder ya aislar las luchas unas de otras. La revolución comunista no es la suma de los movimientos inmediatos actuales, ni su metamorfosis por la intervención de una “vanguardia”. Supone una sacudida social, un ataque del capital contra los sin-reservas, en grados diversos, que, a la vez, amplifiquen cuantitativamente y modifiquen cualitativamente su acción. Por supuesto, este mecanismo no es posible más que a escala mundial y, al menos al principio, en varios países avanzados.

De todo lo que antecede se deduce que la revolución y la sociedad comunistas no son cuestiones de organización, ni de “poder” de la clase obrera. Por otro lado, querer la dictadura del proletariado tal como éste existe hoy es un absurdo. Del mismo modo que la toma a su cargo de la actividad social por todos es imposible mientras reine el valor y su instrumento, la empresa; de igual manera el proletariado, tal como se presenta hoy en la economía, es incapaz por definición de dirigir o gestionar cualquier cosa. No es más que un engranaje del mecanismo de valorización, sufre la dictadura del capital. Por consiguiente, la dictadura del proletariado tal como éste existe en este momento no puede ser más que la dictadura de los representantes del proletariado, es decir, de los jefes de los sindicatos y de los partidos obreros. En su brutalidad, la doctrina oficial de los países del Este, según la cual la dictadura del proletariado es identificada con la del “partido”, es más lúcida y franca que la teoría de ciertos “revolucionarios” que creen posible una gestión obrera aun conservando los fundamentos de la economía actual.

La revolución no es un problema de organización. Todas las teorías de “gobierno de los trabajadores” y de “poder obrero” sólo proponen vías muertas, otras soluciones a la crisis del capital. La revolución es ante todo una transformación de la sociedad, es decir, de lo que constituye las relaciones existentes entre los hombres, entre los hombres y sus medios de vida. Los problemas de organización, de “jefes”, son secundarios: dependen

RELACIONES ENTRE LOS HOMBRES

Contra la deshumanización

El capitalismo es el reino de las separaciones que compartimentan nuestra vida. El usuario, el productor (“productivo” o “improductivo”), el asalariado con o sin trabajo, todos ellos pierden, dominados, el sentido de la vida. Desposeídos de todo y de sí mismos, los individuos llevan una vida parcelizada (tiempo de trabajo/tiempo de ocio), especializada (orientación profesional, estatutos definidos y limitados), esparcida (tiempo pasado en los transportes para los desplazamientos provocados por las divisiones geográficas del hábitat y del trabajo, así como de las gestiones necesarias para gestionar la propia miseria). Esta existencia en migajas nos encadena a nuestra situación de usuario, de consumidor. Nos conduce a una situación de relaciones de dependencia o de indiferencia en relación a los demás. Las diferencias de edad, sexo, aptitud, conocimiento, inclinación intelectual o afectiva, apariencia física, etc. todas estas diversidades que podrían dar motivo a una constelación de relaciones y de interdependencias enriquecedoras, todo esto queda reconvertido en un sistema de autoridad y de obediencia, de superioridad y de inferioridad, de derechos y deberes, de privilegios y de privaciones. Esta jerarquización de signos de diferenciación no se manifiesta sólo en las relaciones sociales: también repercute en el interior de cada individuo en lo que se refiere a la aprehensión de los fenómenos naturales, sociales o íntimos. No es sólo y únicamente el modo de actuar en común y de comunicarse el que está jerarquizado; también lo está el modo de comprender, y la propia sensibilidad de cada uno en la organización del inmenso material diversificado proporcionado por los sentidos, la memoria, los pensamientos, los valores, las pasiones...

En conexión con los otros condicionamientos sociales, la educación también coopera en mantener la existencia dispersa y jerarquizada. Es por este motivo que el hombre vive su vida escindida: durante los primeros años de su vida, por la “educación”; luego, por el trabajo (como si el aprendizaje, la búsqueda

programa social, el uso de la economía como arma (ver más arriba acerca del proletariado). El aspecto militar, por muy importante que sea, depende del contenido social. Para simplemente triunfar de sus adversarios en el terreno militar, el proletariado, sin saberlo necesariamente – pero si lo sabe y tiene la capacidad de expresarlo, de hacerlo saber en otra parte, de decir lo que hace, su acción es más fuerte - transforma la sociedad en el sentido comunista.

Hasta el presente, las luchas no han alcanzado nunca todavía el estadio en que su simple desarrollo militar habría hecho necesaria la aparición de la nueva sociedad. En las luchas sociales más importantes, en Alemania entre 1919 y 1921, el proletariado, a pesar de la violencia de la guerra civil, no alcanzó este nivel. Pero el programa comunista estaba subyacente en estos enfrentamientos, que no pueden ser comprendidos sin él. La burguesía supo servirse del arma de la economía, en el sentido de sus intereses, por supuesto, utilizando, por ejemplo, el paro para dividir a los obreros. El proletariado fue incapaz de hacerlo y sólo llevó la lucha con medios militares- llegando hasta la creación de un ejército rojo en el Ruhr en 1920 – sin utilizar el arma que le da su función social. (14)

En otro contexto, ciertos motines de la minoría negra en los Estados Unidos han iniciado una transformación social, pero sólo al nivel de la destrucción de la mercancía, y no del capital mismo. Estos negros sólo eran una parte del proletariado y, con frecuencia, ni siquiera tenían la posibilidad de servirse de la palanca de la producción porque estaban excluidos de ella. Permanecían fuera de la empresa. Por el contrario, la revolución comunista implica, entre otras tareas, una acción a partir de la empresa para destruirla como unidad separada. Los motines negros se han mantenido al nivel del consumo y de la distribución. La revolución atacará el corazón del sistema, el centro donde se produce la plusvalía. Pero sólo se sirve de esta palanca para destruirla (15).

Los sin-reservas hacen la revolución, constreñidos a establecer relaciones sociales que afloran en la sociedad actual. Esta ruptura supone necesariamente una crisis que, por lo demás, quizá no sea una crisis del tipo

del saber, la curiosidad hacia nuevas formas de conocer, no pudieran sucederse durante todo el transcurso de la vida). Esta separación entre la vida productiva, por un lado, y la educación, por el otro, no es el fruto de una necesidad humana. No encuentra, en modo alguno, su razón de ser en la creciente importancia del “saber” que debe ser tragado. En lo que se refiere al saber, la escuela no es otra cosa sino un simulacro.

La escuela es el lugar donde uno aprende a leer y a escribir, pero, sobretodo, donde uno aprende a soportar el aburrimiento, a respetar a la autoridad, a triunfar en contra de los compañeros, a disimular y a mentir. Lo que interesa es que el niño aprenda a leer porque hay que saber leer y no porque esto satisface su curiosidad o su amor por los libros. El resultado paradójico es que si la escuela ha reducido el analfabetismo, de modo simultáneo ha ahogado el gusto y la verdadera capacidad de leer en la mayoría de las personas.

La escuela es el aprendizaje de la sumisión y de la renuncia. En primer lugar, se necesita más tiempo para domar al alumno que para enseñarle cualquier cosa. Las estructuras de control, evaluaciones, disciplina, fichaje... se hinchan a un ritmo vertiginoso y alucinante, totalmente independiente del trabajo efectuado. Luego, la poca enseñanza impartida se sitúa bajo el signo de la autoanulación y de la permanente retrogradación: todo resultado obtenido es inmediatamente desvalorizado, cuando no es absolutamente anulado. Lo que se ha enseñado, no es nada; lo importante es lo que todavía no se ha enseñado, a falta de lo cual, uno no podrá hacer nada en la vida. Por consiguiente, lo importante es que no se alcance nada, que la rueda de lo condicionado vaya girando sin parar. El mañana queda suprimido y será sustituido por el aburrido y repetitivo hoy. Es por este motivo, que la distribución del tiempo de los escolares está calcado del de los trabajadores. La sumisión hay que trabajarla, aprenderla... La escuela no es sino otra cosa que el purgatorio que prepara el infierno... Nunca la gente ha “aprendido” tantas cosas, para poder ignorar hasta tal punto su propia vida.

Hoy en día, estamos sumergidos por la masa de las informaciones que nos

acumulado en el proceso productivo permite:

1. no explotar ya el trabajo vivo;
2. no subordinar ya la satisfacción de las necesidades a la producción de bienes de equipo.

Sólo el comunismo puede explotar esta condición creada por el capital. El comunismo no es un conjunto de medidas que se aplicarían después de la toma del poder. Es un movimiento que existe desde ahora, no como modo de producción (no puede haber un islote comunista en la sociedad capitalista), sino como tendencia surgida de necesidades reales (ver más arriba sobre los sin-reservas) (13). En cierto sentido, el comunismo ni siquiera sabe lo que es el valor. No hay, un buen día, una gran reunión de gente que tomaría la decisión de suprimir el valor y la ganancia. Todos los movimientos revolucionarios del pasado conseguían llevar a la sociedad al colapso, y esperaban que de esta parálisis universal surgiera algo. En la sociedad comunista, por el contrario, se pondrán en circulación bienes prescindiendo del dinero, se abrirán las puertas que aíslan a las fábricas de su entorno, se cerrarán las fábricas en las que el proceso de trabajo sea demasiado alienante como para poder mejorarse, se eliminará la escuela entendida como centro especializado para adolescentes en el que se disocia la teoría de la praxis, se derribarán los muros que obligan a las personas a vivir encerradas con la familia en celdas de tres habitaciones; en resumen, se tenderá a eliminar todas las separaciones. El mecanismo de la revolución comunista es producido por las luchas. Será su desarrollo normal en un momento en que la sociedad constreñirá a todos los elementos a los que niega toda perspectiva, a que instauren nuevas relaciones sociales. Si actualmente un gran número de luchas sociales parece no desembocar en nada, es precisamente porque su única prolongación sería el comunismo, piensen lo que piensen los que participan en ellas. En el plano simplemente reivindicativo, con frecuencia, y cada vez más, llega un momento en que para ir más lejos no habría más solución que el enfrentamiento violento con las fuerzas del Estado, generalmente secundadas por las de los sindicatos. En este caso, la lucha armada y la insurrección suponen necesariamente la puesta en práctica de un

producción, súper desarrollan ciertas ramas, descuidan otras. Toda alabanza de la economía actual, del proletariado actual (es decir, engranaje del capital), de la ciencia y de la técnica actuales, no es más que un elogio del capital. Toda exaltación de la productividad y del crecimiento económico tal como existen hoy, no es más que un himno a la gloria del capital.

Dicho esto, para revolucionar la producción, para liquidar la empresa, la revolución comunista se ve obligada naturalmente a servirse de ella. Ahí está su palanca esencial, al menos durante una fase. No se trata de poner pie en la empresa para quedarse encerrado en ella y gestionarla, sino para salir de ella y unir entre sí las empresas sin intercambio, lo cual las destruye como empresas (12). Un movimiento así irá acompañado casi automáticamente por un primer esfuerzo para reducir, y después suprimir, la oposición ciudad / campo y la separación entre la industria y las otras actividades. Hoy la industria se asfixia en su marco al tiempo que asfixia a los otros sectores.

El capital vive para acumular valor: fija este valor en forma de trabajo amasado, muerto. La acumulación, la producción, se convierten en fines en sí mismos. Todo les está subordinado: el capital alimenta sus inversiones con trabajo vivo. Al mismo tiempo desarrolla el trabajo improductivo, como hemos visto. La revolución comunista es revuelta contra este absurdo: es también una des-acumulación, no para volver hacia atrás, sino para cambiar de algún modo radicalmente, para volver a ponerlo todo con los pies en el suelo. Ya no se trata de poner al hombre al servicio de la inversión, sino al revés. En este punto, el comunismo se opone también al productivismo frenético – entre cuyos mejores propagandistas se encuentran los países llamados socialistas y los P.C. – y a la ilusión reformista y humanista de un cambio posible en el marco actual.

El comunismo no es la prolongación del capitalismo bajo una forma más racional, más “eficaz”, más moderna, menos injusta, menos anárquica. No toma las bases materiales del viejo mundo tal como son: las trastorna completamente. Únicamente la preponderancia considerable del trabajo

inundan, la institución escolar, los periódicos, la televisión. En esta acumulación de saber-mercancía, todo se puede intercambiar y todo es indistinto. Es un saber muerto e incapaz de comprender la vida porque su naturaleza más profunda consiste en haberse desgajado de la experiencia de lo vivido.

Fundamentalmente, lo que ha hecho mantener las sociedades de clases hasta nuestros días es la adhesión más o menos afirmada de los explotados hacia la moral y las representaciones que expresan su renuncia en relación a una vida sobre la que no tienen ningún tipo de dominio, es decir su sumisión hacia la dominación y explotación que los propios dominados soportan. Sólo se podrá cuestionar esta sumisión cuando emerjan representaciones de la actividad humana que expresen el rechazo de los roles estereotipados en los que, hasta el momento presente, se ha venido representando de manera fija y enlodada, esta misma actividad. Este estado de pasividad es, hablando con propiedad, un auténtico estado de deshumanización, de desposesión, pero que no significa, en modo alguno, total sumisión o adhesión al capitalismo. Su dominio sobre la vida no hace otra cosa sino ahogar lo humano, el amor, la creatividad, la iniciativa. Las tentativas para protegerse de esta dominación se sueldan, por consiguiente, y a menudo, en un encerrarse en la mentira.

En los restos de una familia reducida a su más simple expresión (los padres, los hijos, la tele) domina la hipocresía. Las relaciones entre padres e hijos alcanzan a menudo el fondo de la degradación, cuando las apariencias descansan sólo en la posesión en común de un cierto número de mercancías. Entonces se presenta como amor lo que sólo es seguridad económica, afectiva o sexual.

También es para resistir a la destrucción de la vida personal por el capitalismo, por lo que los individuos aspiran a la propiedad. Incluso si ésta representa una garantía irrisoria contra la violencia del mundo y de los “demás”. La propiedad moderna no impide que el ruido pase a través de las paredes de los pisos mal insonorizados; ni evita la contaminación provocada por las exigencias del mercado; ni el paro que echa por el suelo las

previsiones económicas a partir de las cuales se firmaron las letras de la compra del coche o de la casa; ni las expropiaciones; ni el aburrimiento... Si la noción de propiedad cubre una realidad, también sirve para enmascarar la realidad del mundo. La propiedad es el producto de las relaciones humanas que son las relaciones de fuerza que descansan sobre la violencia y la expropiación. La generalización del dinero ha enmascarado esta violencia abierta al permitir a quien lo posee el disponer de un poder social sin necesidad de utilizar directamente la fuerza. De esta manera es posible expresar la distancia (real o supuesta) entre unos y otros. De esta manera se puede saber, cuando está en litigio, quién es el que dispone verdaderamente de la mercancía y quién es el que no dispone de ella. Hasta el siglo XIX, un cierto número de reglas y disposiciones limitaba todavía el poder del poseedor, el cual no podía, en una sociedad rural, disponer sino de la primera siega de un prado, dejando para los otros los pastoreos posteriores. Con la generalización de las relaciones mercantiles, la costumbre local ya no es vigente. Sólo permanecen, en zonas rurales marginales, algunas costumbres como el derecho al paso, la conducción del agua, etc. La mercancía y el capital necesitan un conjunto de reglas válidas con independencia del carácter particular de cada situación. En el mundo burgués, todo el mundo es libre propietario: el campesino, de sus campos; el patrón, de su fábrica; el obrero, de su fuerza de trabajo... La propiedad esconde las relaciones de explotación.

A favor de una Comunidad humana

El comunismo significa el fin de las separaciones que compartimentan nuestra vida. En él, los seres humanos ya no pueden definirse por más tiempo como simples usuarios. La aspiración humana hacia el comunismo significa que ya no se trata de continuar siendo ni consumidor (de bienes, de relaciones), ni productores de mercancías, sino de transformar la actividad humana. Con la abolición del salario y del dinero, el hombre podría devenir realmente activo, actuando sobre la existencia y su cuadro y no, como sucede ahora, “siendo actuado por ellos”.

vida, ser manual o ser intelectual. Con el papel del trabajo acumulado, que incluye e incorpora toda la ciencia y toda la técnica, la investigación y el trabajo, la reflexión y la acción, la enseñanza y la actividad no son ya más que una sola cosa. Ciertas tareas pueden ser ejecutadas por todos y la generalización de la automatización transforma completamente la actividad productiva. Por lo demás, el comunismo no preconiza el juego contra el trabajo, o el no-trabajo contra el trabajo. Estas nociones de escasas miras y parciales son todavía realidades capitalistas. El trabajo como producción y reproducción de las condiciones de vida, tanto materiales como culturales, afectivas, etc., es lo propio de la humanidad (11).

El hombre crea colectivamente los medios de su existencia, y los transforma; no los recibe regalados por las máquinas, pues en ese caso la humanidad estaría reducida al estadio del niño, que se contenta con recibir juguetes cuyo origen ignora, y cuyo origen ni siquiera existe para él (los juguetes están ahí, existen, es todo). De la misma manera, el comunismo no hace el trabajo perpetuamente alegre y agradable. La actividad eminentemente enriquecedora del poeta pasa por momentos penosos e incluso dolorosos. Lo único que hace el comunismo en este dominio es suprimir la separación entre el esfuerzo y el disfrute, la creación y el recreo, el trabajo y el juego.

Comunización

El comunismo es la apropiación por la humanidad de sus riquezas, quedando claro que esta apropiación es también e inevitablemente una transformación de arriba abajo. Esto implica necesariamente la destrucción de las empresas como unidades separadas y, por ahí mismo, la destrucción de la ley del valor: no para socializar la ganancia sino para hacer circular los productos entre los centros industriales sin pasar a través del valor. Esto no significa de ninguna manera que la revolución comunista recogerá el sistema productivo del capitalismo tal como está. No se trata de desembarazarse del lado “malo” del capital (la valorización), guardando el “bueno” (la producción). Pues como hemos visto, el valor y la lógica de la ganancia imponen un cierto tipo de

La oposición entre manual e intelectual, entre naturaleza y cultura, era indispensable en otro tiempo. La separación entre el trabajador y el organizador del trabajo multiplicaba su eficacia. El desarrollo conseguido hoy ya no tiene necesidad de esa separación y este corte no es más que una traba que manifiesta su absurdo en todos los aspectos de la vida escolar, universitaria, profesional, "cultural", etc. El comunismo acaba con la separación entre una parte de los trabajadores embrutecida por el trabajo manual y otra parte inútil en las oficinas.

Lo mismo sucede con la oposición entre el hombre y su entorno. En otros tiempos, el hombre sólo pudo socializar el mundo luchando contra la dominación de la "naturaleza". Hoy, es él el que cerca y amenaza a la naturaleza. El comunismo es reconciliación del hombre y la naturaleza.

El comunismo es el fin de la economía como dominio particular, lugar privilegiado del que depende todo lo demás, pero que todo lo demás desprecia y rehúye. El hombre produce y reproduce sus condiciones de existencia; a partir de la disolución de la comunidad primitiva, pero bajo la forma más pura bajo el capitalismo, el trabajo, actividad de apropiación de su entorno por parte del hombre, se ha convertido en una coacción opuesta al tiempo de descanso, al ocio, a la "verdadera" vida. Esta fase era necesaria históricamente para crear el trabajo muerto que permite suprimir esta servidumbre.

Con el capital, la producción, de hecho producción para la valorización, se ha convertido en el dueño del mundo. Es la dictadura acabada de las relaciones de producción sobre la sociedad. Mientras se está produciendo se sacrifica el tiempo de la propia vida para disfrutar de la vida a continuación, disfrute casi siempre sin relación con la naturaleza del trabajo, convertido en simple medio de ganarse la vida. El comunismo disuelve las relaciones de producción, las funde en las relaciones sociales. Ya no conoce actividades separadas, trabajo opuesto al juego. Desaparece la obligación de hacer el mismo trabajo toda la

Este fin de las separaciones se encontraría en el mismo centro del proceso productivo donde toda noción de parcialización del trabajo, de calificación, sería puesto en tela de juicio. Para los apóstoles del trabajo, es por necesidad una monstruosidad el creer que un día no habrá ni albañil, ni peón, ni arquitecto de profesión, y que el mismo hombre que habrá desempeñado la función de arquitecto también podrá cargar con la carretilla. Sin embargo, ¿qué opinión nos merece un mundo que eterniza la profesión de peón, para quienes la vida profesional queda separada de las demás actividades humanas?

Una sociedad comunista dejaría de oponer vida profesional, vida afectiva..., tiempo dedicado a consumir o a producir... Los lugares de educación, producción, distracción... ya no serían por más tiempo universos cerrados extraños los unos de los otros. El logro de estas transformaciones quizá tomará tiempo. Pero su compromiso sólo podrá ser inmediato, al igual que la abolición de la producción mercantil y del salario, desde los inicios del proceso revolucionario. Para realizar una actividad, productiva o no, la gente ya no se reuniría en función de la fuerza del capital. Su asociación, sin embargo, tampoco necesitaría la resurrección de formas pasadas, como la antigua familia patriarcal. La gente se asociará, reunida por sus gustos comunes y por sus afinidades, con vínculos donde las relaciones interpersonales serán tan importantes como sus actividades.

La dominación que transforma los seres humanos en instrumentos de producción, en objetos como las herramientas o las máquinas, se ha infiltrado hasta lo más profundo de la personalidad humana, modelando nuestro lenguaje, nuestro gesto, nuestras actitudes más cotidianas. Pensar el comunismo, por el contrario, consiste en comprender que nosotros hemos de acabar con esta percepción de los individuos en términos de antagonismo donde el yo no es sólo una persona que se distingue de los "otros", sino una persona que intenta dominarlos y subyugarlos. En esta relación, el pensamiento del ser individual se define por el dominio de los objetos y la

reducción de los otros individuos al rango de objetos apreciados según su utilidad. En la medida en que las “necesidades” individuales sólo existen para sí e ignoran la integridad del otro, los demás permanecen como puro objeto y la manipulación de este objeto deviene apropiación. A este panorama, se opondría una relación de complementariedad entre los hombres, donde el otro sería reconocido como un fin en sí mismo y donde las necesidades del otro se definirían en términos de reciprocidad. Estos vínculos serían la negación misma de las relaciones de dominación que imposibilitan y niegan, hoy en día, cualquier relación humana real.

Esto no significa, en modo alguno, que se suprima cualquier tipo de conflicto, pero sí que se pondrá término a la oposición irreconciliable entre grupos e intereses humanos. Hay que acabar con el “miserabilismo” y las glorificaciones de los enfrentamientos; las definiciones nacidas de la burguesía que consideran que “el hombre es un lobo para el hombre” y que no se puede cambiar nada. El comunismo no abolirá lo humano; más bien lo rehabilitará en todas sus posibilidades que van mucho más allá de un gesto agresivo entre los seres (nuestro lote cotidiano actual). No se sigue, de ello, que la vida sobre la tierra será “paradisiaca”, pero sí que las relaciones entre las personas ya no serán más relaciones entre individuos indiferentes los unos para con los otros. La gente se podrá unir o no fuera de toda presión exterior.

Sin duda alguna, la dependencia existirá siempre, pero significará complementariedad y no dominación. Los niños dependerán siempre de los adultos para la satisfacción de sus necesidades fisiológicas elementales, al mismo tiempo que necesitarán de ellos para que los asistan con su saber y su experiencia. Por su parte, las generaciones mayores continuarán tributarias de las más jóvenes para la reproducción de la sociedad y para encontrar el necesario estímulo que constituye el espíritu de búsqueda y de innovación. Por consiguiente, la concepción actual que define al otro en términos de “superioridad” o de “inferioridad” será reemplazada por un contacto de respeto y de mutuo enriquecimiento. No existe otra “garantía” para el desarrollo de una comunidad humana, para la cual no sea cuestión el reglamentar

ninguna dirección salvo la que le permite alcanzar lo mejor posible este objetivo (por esta razón los capitalistas no son más que funcionarios del capital). Es la empresa la que dirige a sus dirigentes. La supresión de la limitación que representa la empresa, la destrucción de la relación mercantil, que obliga a cada cual a considerar a los demás sólo como medios de ganarse la propia vida, son las únicas condiciones de una autoorganización de los hombres. A partir de ahí, los problemas de gestión son secundarios y sería absurdo querer que todos lleven a cabo la gestión de modo rotativo. El problema ni siquiera se plantea ya. La contabilidad y la administración se convierten en actividades como las otras, sin privilegios en ningún sentido: cada cual puede ejercerlas o no.

En el comunismo es inútil tener una fuerza exterior a los individuos para agruparlos. Es lo que no ven, por ejemplo, los socialistas utópicos. Sus sociedades imaginarias, cualesquiera que sean sus méritos y su fuerza visionaria, tienen casi siempre necesidad de planes muy estrictos y directivas casi totalitarias. Se intenta crear un vínculo que, en realidad, resulta naturalmente de la asociación de los hombres en grupo. Se pretende evitar la explotación, la anarquía, y se organiza por adelantado la vida social. Otros, para no caer en semejante dirigismo, quisieran dejar que la sociedad se arregle sola. El problema está en otra parte: únicamente relaciones sociales bien determinadas, que descansen en un nivel de desarrollo de la producción material bien preciso, hacen posible y necesaria la armonía entre los individuos (lo que incluye conflictos: ver más arriba). Entonces estos últimos pueden satisfacer sus necesidades, pero sólo por la participación automática en el funcionamiento del grupo, sin ser reducidos por ello a simples engranajes del grupo. El comunismo no tiene necesidad de reunir lo que estaba separado y que, en adelante, ya no lo está.

Esto sirve igualmente en el plano mundial. Los Estados y las naciones, instrumentos necesarios del desarrollo, son ahora puramente reaccionarios y las divisiones que perpetúan son un freno al desarrollo: la única dimensión posible en adelante es la de toda la humanidad.

pierde todo su sentido, ya no es necesario a la producción. Su mantenimiento se hace caduco y catastrófico (10). El valor, plasmado en la moneda, bajo todas sus formas, desde las más simples hasta las más complejas, resulta del carácter general del trabajo, de la energía al mismo tiempo individual y social que extrae y consume. Sigue siendo el mediador necesario mientras esta energía no crea un sistema productivo global a escala planetaria. Después se convierte en una traba.

El comunismo es la desaparición de una serie de mediaciones necesarias hasta entonces (a pesar de la miseria que engendran) para acumular bastante trabajo muerto a fin de que se pueda prescindir de ellas. Muy en primer lugar, el valor: es inútil tener un elemento exterior a las actividades sociales para relacionarlas entre sí y estimularlas. La infraestructura acumulada no necesita más que ser transformada y desarrollada. El comunismo sopesa los valores de uso para decidir si desarrolla tal producción antes que tal otra. No reduce los componentes de la vida social a un denominador común (el tiempo medio de trabajo que contienen). El comunismo organiza su vida material partiendo de la confrontación de las necesidades, lo que no excluye conflictos, si llega el caso.

El comunismo es también final de todo elemento necesario a la unificación de la sociedad: es final de la política. No es ni democrático ni dictatorial. Es, por supuesto, “democrático” si con eso se quiere decir que todos se hacen cargo de las actividades sociales: y no es que esto se haga por voluntad gestora o por principio democrático, sino porque la organización de la actividad es normalmente asunto de sus miembros. Pero, contrariamente a lo que dicen los demócratas, esto no es posible más que por el comunismo, es decir, poniendo en comunidad todos los elementos de la vida, por la supresión de toda actividad separada, de toda producción aislada. No se puede conseguir este resultado más que por la destrucción del valor, pues el intercambio entre las empresas excluye totalmente que la colectividad tome a su cargo la vida (y, en primer lugar, la vida material): en efecto, el objetivo del intercambio y de la empresa es radicalmente opuesto al de los hombres, que es satisfacer sus necesidades. La empresa busca ante todo valorizarse y no tolera ir en

cuartelariamente las relaciones entre las generaciones, entre hombres y mujeres... Peor para todos aquellos a quienes esto inquieta porque no saben pasar de la garantía del guardia civil, del maestro y del cura.

En el comunismo, los viejos ya no serían aparcados en hospicios precementarios, ni los niños estarían sujetos a sus padres debido a la necesidad de comer. La educación tampoco sería una obligación, preparatoria del asalariado. El niño aprendería a leer y a escribir porque siente la necesidad de ello. Debido al hecho de que el mundo infantil no está separado del resto de la vida social, este aprendizaje sería una necesidad imperiosa, al igual que el andar y el hablar, aunque en un momento muy posterior ya que se trata de una de las últimas necesidades humanas. Para ello, no habría ninguna necesidad de aparcar a los pequeños durante largas horas diarias, ya que quedaría siempre abierta la posibilidad de dedicarse a múltiples actividades. La lectura, o cualquier otro aprendizaje, podría entonces formar parte de la vida en lugar de ser una obligación sometida a juicio y sanción.

Las relaciones amorosas serían la base de la vida, sustituyendo al matrimonio, que perdería toda razón de existir. La cuestión de saber si dos... o tres o diez personas quieren convivir, o relacionarse mediante un pacto tácito, sólo les importaría a ellos.

En el comunismo, el fin de las relaciones de fuerzas, de la violencia, del antagonismo universal de cada uno contra todos... supondría el fin de la propiedad sobre las cosas y las personas. Suprimir la propiedad privada significa acabar con sus fundamentos: la dominación del “otro” (hombre o naturaleza); la apropiación, que sólo percibe al otro en relación de utilidad; la degradación general de las relaciones entre los hombres y entre éstos y la naturaleza.

No se podrá ya más “usar y abusar” de cualquier cosa, sea la que sea, por el hecho de ser su propietario. Nada pertenecerá ya más a nadie. El uso volverá a tener el sentido del uso. Una bicicleta servirá para desplazarse y no para que sólo el señor López, su legítimo propietario, se desplace. La propia idea

CAPITALISMO Y COMUNISMO (9)**Jean Barrot y François Martin. 1972****Constitución de la Comunidad Humana**

La comunidad primitiva era demasiado pobre como para sacar provecho de las potencialidades del trabajo. Entonces el trabajo tiene carácter inmediato, cada cual actúa para su subsistencia inmediata. El trabajo no se cristaliza, no se acumula en instrumentos, en trabajo amasado, muerto. Cuando esto es posible, se hace necesario el cambio: sólo se puede medir la producción en trabajo abstracto, en tiempo de trabajo medio, a fin de hacer que circule. El trabajo vivo sigue siendo el elemento esencial de la actividad, y el tiempo de trabajo la medida necesaria. La moneda lo materializa. De ahí la explotación de clases por otras clases, la agravación de catástrofes naturales (ver más arriba sobre la crisis en el Antiguo Régimen). De ahí también el nacimiento, el declive, la caída de Estados y, a veces, de imperios que no pueden desarrollarse más que luchando contra otros. A veces, las relaciones de cambio son interrumpidas entre las diferentes partes del mundo civilizado como consecuencia de la muerte de un imperio o de varios: sucede incluso que semejante pausa en el desarrollo dure siglos, durante los cuales la economía parece que vuelve atrás, hacia la economía de subsistencia.

La humanidad no tiene entonces un aparato de producción tal que la explotación del trabajo vivo sea inútil, incluso ruinosa. El papel del capitalismo es precisamente acumular este trabajo muerto. La existencia de todo este conjunto industrial, de todo este capital fijo, prueba que el carácter social de la actividad humana ha acabado por materializarse en un instrumento que permite crear, no un paraíso en la tierra, sino un desarrollo que utiliza óptimamente los recursos para satisfacer las necesidades y que produce los recursos en función de las necesidades. Si esta infraestructura es el elemento esencial de la producción, entonces el papel regulador del valor, que corresponde a la fase en que el trabajo vivo era el factor productivo principal,

de propiedad pronto será considerada como un absurdo. Saber si, por razones sentimentales o de otro tipo cualquiera, los seres humanos o algunos de ellos tienen necesidad de un territorio dado o de objetos sobre los cuales puedan establecer vínculos, no tiene nada que ver con la propiedad. La seguridad material y afectiva de cada uno quedará, por otro lado, reforzada: la desaparición de las relaciones de fuerza, del dinero, permitirá relaciones humanas en las que cada uno deberá poder alimentarse, vestirse, vivir sólo con otras personas, según quiera. Es el interés de cada persona el que prevalece por encima del derecho de propiedad, de la fuerza, o del dinero, que pueda o no pueda tener. El fin de la violencia institucionalizada y de la indiferencia permitirán a cada persona estar tranquila, sin destruirse ni ignorarse.

Estado, Nación... O Comunidad humana

El Estado, es decir, la organización de la división de los hombres entre gobernantes y súbditos, se ha apoyado siempre en la noción de territorio, que responde para los diferentes explotadores a la necesidad, a la vez, de fijar sus esclavos, sometidos, en un territorio determinado, y de marcar la distancia con los eventuales enemigos, haciéndoles saber que en tal zona, hombres, animales y plantas les pertenecen.

La idea nacional se apoya en los mitos engendrados por la sedentarización: mitos del país natal, del extranjero... mitos que limitan la visión del mundo, que la mutilan. El desarrollo de las relaciones mercantiles, determinando y además disolviendo las relaciones jerárquicas o comunitarias por las cuales se expresaban directamente la dependencia y/o cooperación entre los hombres, no ha cuestionado esta dependencia del territorio ya que la formación de los Estados nacionales, el mito de la patria, es el fruto directo del advenimiento del capitalismo. Recuperando a la vez los límites y las aspiraciones de las antiguas comunidades, el capitalismo valora no una comunidad real, sino la imagen de una comunidad que se manifiesta en el débil fetichismo de bandera y héroe nacional. El aumento de las relaciones

vivir eternamente en el reino del simulacro: he aquí la esperanza de los dueños del mundo actual. Corea del Sur e Indonesia son los epitafios de las teorías posmodernas.

Pero el haber descrito los procesos de virtualización y habérselos tomado en serio constituye también el momento de verdad que contienen las teorías posmodernas. Como mera descripción de la realidad (a su pesar) de los últimos decenios, esas teorías se muestran a menudo superiores a la sociología de inspiración marxista. Supieron denunciar con justeza la fijación de los marxistas en las mismas categorías capitalistas como el trabajo, el valor y la producción; y así parecían colocarse, por lo menos en los inicios, entre las teorías radicales que mayormente recogieron el legado de 1968. Pero luego acaban siempre hablando de los verdaderos problemas sólo para darles respuestas sin origen ni dirección. En los Comentarios sobre la sociedad del espectáculo, de 1988, Debord compara ese tipo de crítica pseudo-radical a la copia de un arma a la que sólo falta el percutor. Al igual que las teorías estructuralistas y postestructuralistas, los posmodernos comprenden el carácter automático, autorreferencial e inconsciente de la sociedad de la mercancía, pero sólo para convertirlo en un dato ontológico, en lugar de reconocer en ello el aspecto históricamente determinado, escandaloso y superable de la sociedad de la mercancía.

Como se ve, no es fácil sustraerse a la perversa fascinación de la mercancía. La crítica del fetichismo de la mercancía es la única vía que hoy se halla abierta a una comprensión global de la sociedad; y afortunadamente semejante crítica se está formando. De ese proceso forman parte el creciente interés por las teorías de los situacionistas, y por las de Debord en particular, así como la labor de la revista alemana *Krisis* y el eco que está empezando a hallar también en Italia. Durante largo tiempo, la mercancía nos engañó presentándose como "una cosa trivial y obvia". Pero su inocencia ha pasado, porque hoy sabemos que es "una cosa embrolladísima, llena de sutileza metafísica y caprichos teológicos". Y todos los rezos de sus sacerdotes serán incapaces de salvarla de la evidencia de su condena.

impersonales entre los hombres se acompaña de la invención de una comunidad de destino enmascarando la división entre clases socialmente antagónicas, permitiendo una racionalización de la dominación del capitalismo, imponiendo a sus gestores, divididos por la competencia, una unidad correspondiente a los intereses superiores del Estado, guardián y gerente de la relación social general, protegiéndolo contra las influencias disolventes del mercado.

Si bien esta dominación capitalista se resguarda detrás de las fronteras, se apoya en un movimiento de mundialización de las relaciones mercantiles, sobre la tendencia imperialista de conquistar, unificar y, tan necesaria, de constituir mercados. La colonización, las guerras mundiales, el desarrollo de nuevos polos de acumulación, la constitución de nuevos estados nacionales, han sido etapas de este movimiento. En la época contemporánea, el intercambio uniformiza la vida a través del mundo y es el mismo tipo de alimentación, de urbanismo, enseñanza e información, lo que se encuentra por todos lados. El colorido local salvaguardado es un gancho comercial que participa en la generalización del intercambio. El nacionalismo, la xenofobia, por el contrario, se han desarrollado a medida que se degrada el conocimiento y enraizamiento del hombre en su entorno.

El comunismo es la ruptura con las viejas nociones de territorio, de patria, de nación, de Estado. Los problemas que deberá resolver serán mundiales y sólo podrán ser resueltos por una comunidad humana mundial que destruya totalmente las trabas nacionales e internacionales.

En ruptura con la "lógica del progreso", la revolución comunista deberá asumir, sobre la base más amplia posible, la protección de la naturaleza y de aquellos que en ella viven. El comunismo no se instalará como el capitalismo por la imposición de una estructura social disgregando las comunidades tradicionales. Es seguro que las poblaciones implicadas y sus relaciones con el resto de la humanidad se transformarán, pero esta transformación no habrá de ser una destrucción de los hombres ni una negación de los valores

comunitarios.

El comunismo introducirá una libertad desconocida hasta ahora: la de viajar por toda la superficie del planeta sin tenerse que justificar o presentar documentos, la de ir donde se quiera cuando se quiera y permanecer tanto tiempo como se quiera. Los hombres no estarán prisioneros detrás de las fronteras estatales, y de este modo se desvanecerán también las fronteras culturales y étnicas. La única colectividad en el comunismo será la comunidad humana, organizada sobre las bases igualitarias y comunitarias que tomarán, evidentemente, la forma de colectividades particulares, pero donde el hombre no tendrá la limitada visión actual dado que sabrá, de una parte, que las diferencias que puedan existir entre comunidades, no constituyen obstáculo a su contacto con el exterior dados los aspectos vitales de una misma humanidad, y, de otra, que puede a merced de sus necesidades y deseos incorporarse y participar con tal o cual comunidad sin que el origen de su nacimiento sea un obstáculo en su integración.

Revolución y comunización

Entre el capitalismo y el comunismo no hay una especie de modo de producción mixta ni intermedia. El periodo de "transición", o más bien... el período de ruptura es esa fase en la que un proceso comunista deberá enfrentarse a secuelas humanas y materiales de una era de esclavismo y neutralizar las fuerzas que las defiendan. No habrá en un primer tiempo revolución armada y a continuación, permitida por esta revolución, la transformación de la realidad social. Revolución y comunización están íntimamente unidas. La revolución es la comunización de las relaciones entre los hombres a través de movimientos de masa dirigidos contra las relaciones mercantiles y el Estado.

La revolución será una formidable conmoción social. Implica enfrentamientos y no excluye la violencia. Pero, si bien es una fuerza, su problema esencial no es el de la violencia, y la condición de su éxito no es esencialmente una

Esa supuesta desaparición de la realidad, que se presenta pomposamente como una verdad incómoda y aun como una revelación terrible, en verdad es lo más tranquilizador que puede haber en estos tiempos de crisis. Si el carácter tautológico del espectáculo, denunciado por Debord, expresa el carácter automático de la economía de la mercancía que, sustraída a todo control, anda locamente a la deriva, entonces hay efectivamente mucho que temer. Pero si los signos, en cambio, sólo se refieren a otros signos y así seguido, si jamás se encuentra el original de la copia infiel, si no hay valor real que deba sostener, aunque sin lograrlo, el cúmulo de deudas del mundo, entonces no hay absolutamente ningún riesgo de que lo real nos alcance. Los pasajeros del Titanic pueden quedarse a bordo, como dice Robert Kurz, y la música sigue sonando. Entonces cabe fingir también que se está pronunciando un juicio moral radicalmente negativo acerca de tal estado de las cosas; pero tal juicio queda en mero perifollo cuando ninguna contradicción del ámbito de la producción logra ya sacudir ese mundo autista. Y, sin embargo, es justamente en el terreno de la producción que se halla la base real de la fascinación que ejerce el "simulacro": en el sistema económico mundial que, gracias a esas contradicciones de la mercancía de las que no se quiere saber nada, ha tropezado con sus límites económicos, ecológicos y políticos; un sistema que se mantiene con vida sólo gracias a una simulación continua. Cuando los millones de billones de dólares de capital especulativo "aparcados" en los mercados financieros, o sea todo el capital ficticio o simulado, vuelva a la economía "real", se verá que el dinero especulativo no era tanto el resultado de una era cultural de la virtualidad (más bien lo contrario es cierto) como una desesperada huida hacia delante de una economía en desbandada. Detrás de tantos discursos sobre la desaparición de la realidad, no se esconde sino el viejo sueño de la sociedad de la mercancía de poder liberarse del todo del valor de uso y los límites que éste impone al crecimiento ilimitado del valor de cambio. No se trata aquí de decidir si esa desaparición del valor de uso, proclamada por los posmodernos, es positiva o no; el hecho es que es rigurosamente imposible, aunque a muchos les parezca deseable. Que no exista sustancia alguna, que se pueda

una fuente tan poco decorosa, aunque en absoluto la ignoraban, incluso por vía de ciertas trayectorias personales. Como decía ya en 1964 Asger Jorn: "A Debord no es que se le conozca mal; es que se le conoce como el mal". No se trataba, sin embargo, solamente del consuetudinario autoservicio intelectual sino de una verdadera estrategia encaminada a neutralizar una teoría peligrosa mediante su exageración paródica. Los posmodernos, al aparentar que iban aún más allá de la teoría situacionista, en verdad la convirtieron en lo contrario de lo que era. Una vez se confunda el espectáculo, que es una formación histórico-social bien precisa, con el atemporal problema filosófico de la representación en cuanto tal, todos los términos del problema se vuelven del revés sin que se note demasiado.

Criticar las teorías posmodernas resulta difícil debido a su carácter auto-inmunizador que hace imposible toda discusión, transformando sus afirmaciones en verdades de fe ante las cuales sólo cabe creer o no creer. Pero sí cabe decir algo acerca de su función, acerca del cui bono, observando así la sutileza metafísica que despliega la mercancía para defenderse. Al leer los textos posmodernos se nota que, si bien no citan casi nunca a los situacionistas, el término "espectáculo" o "sociedad del espectáculo" se encuentra con frecuencia, y que tales textos, sean de 1975 o de 1995, muy a menudo dan la impresión de no ser otra cosa que respuestas a las tesis de Debord. De él toman los posmodernos las descripciones de un espectáculo que se aleja progresivamente de la realidad; pero las retoman en un plano puramente fenomenológico, sin buscar jamás una causa que vaya más allá de dar por supuesto un impulso irresistible e irracional que empuja a los espectadores hacia el espectáculo. Antes bien se condena cualquier búsqueda de explicaciones. Cuando leemos que "la abstracción del 'espectáculo', aun para los situacionistas, no fue nunca sin apelación. Su realización incondicional, en cambio, sí lo es... El espectáculo aún dejaba sitio para la conciencia crítica y la desmitificación... Hoy estamos más allá de toda desalienación", entonces está claro para qué sirven las referencias posmodernas al espectáculo: para anunciar la inutilidad de toda resistencia al espectáculo.

cuestión de poder. No disputa el Estado y la Economía a los poderosos. La revolución comunista no persigue el poder, ni siquiera cuando se atribuye el poder de tomar sus medidas expresando el rechazo práctico del Estado y del capitalismo. Este rechazo práctico se expresará por la formación de comunidades de lucha independientes de las instituciones estatales (partidos, sindicatos, policía, ejército), permitiendo un verdadero compromiso de todos, la unidad y la transparencia efectiva de las decisiones y de sus aplicaciones, rechazando la división representantes-representados, por la instauración de relaciones no mercantiles que, en un primer tiempo, puedan servirse de ciertos aspectos de las actuales estructuras productivas reorientándolas en el sentido de la satisfacción de las necesidades humanas mediante la distribución de los productos.

La fuerza de la revolución será, de hecho, una relación social que cambie completamente las otras, que haga de los hombres los sujetos de su propia historia. Es rompiendo los vínculos de dependencia y de aislamiento como destruirá al Estado y la política, es aboliendo las relaciones mercantiles como destruirá al capitalismo.

La revolución comunista no es el choque entre dos ejércitos, uno a las órdenes de los privilegiados y explotadores y otro al servicio de los proletarios. No puede ser reducida a una guerra en la que lo que está en juego sea la toma de poder y el control territorial. Los proletarios resbalarían sobre el terreno del enemigo si se entregaran a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, si ellos buscasen establecer una relación de fuerzas, preservar las "conquistas" para la construcción de otra estructura estatal. La revolución degeneraría entonces en guerra civil, fatalmente resbaladiza que no haría más que reproducir los fracasos del pasado. El enfrentamiento entre dos ejércitos, rojo y blanco, no será la revolución comunista sino la transformación de los proletarios en tropas de una vanguardia cualquiera.

Los proletarios deberán ser activos para triunfar, no teniendo ni patria que defender, ni estado que construir. Frente a ellos estará el ejército y la policía,

así como todos aquellos que quieran que los seres humanos estén siempre dominados, explotados, o quienes no puedan vislumbrar la vida humana nada más que de esta forma. Para la transformación inmediata y radical de la organización social, es necesario que los militares y los conservadores actuales sean privados de cualquier cosa que defender. El ejército, los grupos paramilitares no pueden conseguirlo todo por ellos mismos en tanto que organizaciones de la violencia. Su acción puede expresarse directamente por la destrucción de hombres y cosas, o bien creando y manteniendo una situación de penuria adecuada para desarrollar el egoísmo, el miedo... Serán relevados en eso por aquellos para quienes lo que existe es el mejor de los mundos posibles, quienes tratarán de canalizar la violencia de los explotados. Preconizando las liquidaciones masivas de los oponentes reales o supuestos, dando a las frustraciones que empezarán a exteriorizarse, objetivos asesinos, apelarán al homicidio para evitar que se plantee la necesidad para los hombres de organizar ellos mismos su propia vida.

La revolución comunista no se sustenta ni del sabor de la sangre ni del espíritu de venganza. Su objetivo no es la masacre, sino la emergencia de una comunidad reconciliada. Los movimientos del pasado demuestran que la sangre derramada se debe generalmente en una débil parte a los sublevados. Son las fuerzas sociales conservadoras quienes han masacrado, encarcelado y deportado. La sangre ha corrido durante los combates, pero a menudo después de su victoria. Les es necesario destruir a aquellos en quienes parece radicar la revolución. A la inversa, la ética del movimiento comunista implica la posibilidad de cambio de vida para sus adversarios, actuando de tal forma que ellos comprendan, lo más ampliamente posible, que el gozo verdadero no reside en la humillación y la muerte, sino en la realización de la comunidad de los hombres sin amos ni esclavos. La guerra es, por encima de todo, destrucción y sumisión de los hombres. La revolución comunista tiene por meta barrer las estructuras materiales y mentales de la opresión y no destruir y someter a los hombres.

De lo que se trata, pues, es de rechazar el mundo de la dominación,

ella... Ahí donde estaba el Ello económico debe advenir el Yo... Su contrario es la sociedad del espectáculo, donde la mercancía se contempla a sí misma en un mundo por ella creado" (&& 52-53). El inconsciente social, el Ello del espectáculo, sobre el que se funda la actual organización social, tuvo por tanto que movilizarse para tapar esa nueva grieta que se había abierto justamente en el momento en que el orden dominante se creía más seguro que nunca. Entre las medidas que tomó el inconsciente económico hallamos también las tentativas de neutralizar la crítica radical de la mercancía que había encontrado su más alta expresión en los situacionistas. Reducir a la mansedumbre a Debord mismo era imposible, a diferencia de cuanto ocurrió con casi todos los demás "héroes" de 1968. Y su teoría no dejaba margen al equívoco: "El espectáculo es el momento en que la mercancía ha conseguido la ocupación total de la vida social", se lee en el & 42 de La sociedad del espectáculo. Pero a los brujos de la mercancía les quedaba otra posibilidad: la de fingir que hablaban el lenguaje de la crítica radical, aparentemente incluso de manera un poco más extrema y audaz todavía, pero en verdad con intenciones y contenidos opuestos. El que nuestra época prefiere la copia al original, como dice Debord citando a Feuerbach, resulta ser verdadero también respecto a la crítica radical misma.

Según Debord, el espectáculo es el triunfo del parecer y del ver, donde la imagen sustituye a la realidad. Debord menciona la televisión sólo a modo de ejemplo; el espectáculo es para él un desarrollo de aquella abstracción real que domina a la sociedad de la mercancía, basada en la pura cantidad. Pero si estamos inmersos en un océano de imágenes incontrolables que nos impiden el acceso a la realidad, entonces parece más atrevido todavía que se diga que esa realidad ha desaparecido del todo y que los situacionistas fueron aún demasiado tímidos y demasiado optimistas, ya que ahora el proceso de abstracción ha devorado a la realidad entera y el espectáculo es hoy en día aún más espectacular y más totalitario de cuanto se había imaginado, llevando sus crímenes al extremo de asesinar a la realidad misma. Los discursos "posmodernos" que irradian de la Francia de los años setenta se sirvieron generosamente de las ideas situacionistas, naturalmente sin citar

Un efecto mayor y más duradero alcanzó, sin embargo, en los años sesenta la Internacional Situacionista, con su crítica integral de la vida moderna y su proclamación de una "revolución de la vida cotidiana". Hasta el día de hoy, a los situacionistas se los ha entendido mal deliberadamente, tomándolos por un simple movimiento artístico-cultural; y en su libro principal, *La sociedad del espectáculo* de Guy Debord, se ha querido ver a menudo una simple crítica de los mass media. Pero en verdad se trata de una solidísima teoría social que ahonda sus raíces precisamente en la crítica de la estructura de la mercancía. Debord denuncia la economía autonomizada y sustraída al control humano, la división de la sociedad en esferas separadas como política, economía y arte, y arriba a una crítica del trabajo abstracto y tautológico que remodela la sociedad conforme a sus propias exigencias. "Todo lo que se vivía directamente se ha alejado en una representación", se lee al inicio de *La sociedad del espectáculo*: en lugar de vivir en primera persona, contemplamos la vida de las mercancías. Debord dice también: "El espectáculo no canta a los hombres y sus armas, sino a las mercancías y sus pasiones" (& 66). Sin necesidad de asistir a largos seminarios marxológicos, había redescubierto y actualizado toda la crítica marxiana del fetichismo de las mercancías.

No se trataba de una teoría libresca como otras muchas: la revuelta del Mayo de París, de la cual los situacionistas habían sido en cierto modo los precursores intelectuales, fue también la primera revuelta moderna que no se hizo en nombre de reivindicaciones económicas o estrechamente políticas, sino que nació más bien de la exigencia de una vida diferente, autónoma y liberada de la tiranía del mercado, del Estado y de su raíz común, la mercancía. En 1968 temblaron los Estados del Este al igual que los del Oeste, los sindicatos y los propietarios, la derecha y la izquierda: en otras palabras, las diversas caras de la sociedad de la mercancía. Y nadie supo estar tan a la altura de aquella rebelión como los situacionistas.

Debord lo había predicho en 1967: "En el momento en que la sociedad descubre que depende de la economía, la economía depende, de hecho, de

rompiendo todas las relaciones en las que se basa: esto no es construir un ejército, sino abolir el ejército; no es conseguir que algunos sean ministros o comisarios del pueblo, sino de hacer inútil esta función.

CONCLUSIÓN

1. Frente a la negación de la humanidad que representa el capitalismo, todo lo que se puede finalmente proponer es otra vida donde nuestras acciones, nuestra palabra, nuestra imaginación, toda nuestra sensibilidad dejen de estar encadenadas. Es evidente que esto sólo se puede conquistar con la destrucción de la sociedad capitalista, pero no puede reducirse únicamente a eso. Esta destrucción deberá enfrentarse a todas las viejas separaciones entre los seres herederos de las viejas sociedades de clase. Deberá acompañarse de un movimiento positivo tendente a la comunidad humana. Aunque la trunque, el capitalismo no puede prescindir de la actividad humana. Los seres humanos no son objetos; los hombres sufren los roles en los que les encierra esta sociedad y pueden manifestar su rechazo a todo esto. Esta contradicción es la única insalvable del capitalismo, la que hace del comunismo una posibilidad humana.

2. La humanidad entera tiene interés en la supresión de la dominación capitalista. No obstante, esto no significa que el capital y el estado se han transformado en monstruos abstractos frente a los cuales toda la humanidad se opondría potencialmente y unánimemente. Todavía hay clases que dirigen y administran la producción y la venta de mercancías. Todavía hay también proletarios, explotados, que no poseyendo más que su fuerza de trabajo, su existencia depende de la venta de ésta. Asimismo, todavía hay categorías sociales, incluso asalariadas, que participan en la reproducción y mantenimiento del trabajo asalariado. Si bien la revolución comunista se hará "a título humano", no puede ser considerada independientemente del lugar que ocupan unos y otros en esta organización social; no puede ser más que la negación de esta organización.

3. Si bien los explotados, los oprimidos, desempeñan por su movimiento de clase un papel importante en la liberación de la perspectiva comunista, ésta no será un simple incremento de las luchas para la adecuación de la sociedad mercantil. No será engendrada por las conciencias alienadas reconociéndose en sus determinaciones esenciales, sino por los seres humanos que no soportan verse reducidos a su rol de productores y consumidores de mercancías. No se puede tender a la comunidad humana constituyendo comunidades parciales y separadas que no son jamás un obstáculo al capital, ni cultivando el ser individual en el cual se encontrará finalmente al "verdadero hombre". Reafirmar la individualidad es insuficiente, incluso como un primer momento de rebelión. ¿Es que acaso esta sociedad no conduce a un culto del individuo –en la separación, la atomización? La revolución comunista no se hará ni por los individuos que quieran situarse en esta sociedad, ni por las conciencias desdichadas que padecen en la vida, ni por los desesperados, sino por los seres que buscan su humanidad, no fragmentados, insatisfechos, y solamente cuando tengan la visión de otra posible. Los seres sólo son verdaderamente humanos –por lo tanto, potencialmente subversivos– cuando siendo exploradores de lo posible no se contentan con lo que les es presentado como lo inmediatamente realizable.

4. La tendencia a la comunidad atraviesa la historia humana y se ha concretado repetidas veces. Su eventual realización no será, por tanto, ni el producto de un supuesto sentido de la historia, ni el fin de ella. Será el producto de un movimiento práctico de intervención humana. La sociedad no estará entonces fijada y cerrada a toda evolución; el hombre no será un ser pasivo, disfrutando embelesadamente de bienes ajenos a su actividad y a su creatividad. Su disfrute dependerá de lo que el haga y de lo que sea en el seno de la comunidad. No tiene sentido preguntarse si esta tendencia vencerá o no dado que nosotros no la hemos escogido: es ella la que nos tienta y nos permite explicar lo que consideramos como lo mejor de nosotros.

trabajadoras. No en vano utiliza Marx, cuando habla del carácter de fetiche de la mercancía, en pocas páginas los términos "arcano", "sutileza metafísica", "caprichos teológicos", "misterioso", "extravagancias admirables", "carácter místico", "carácter enigmático", "quid pro quo", "forma fantasmagórica", "región nebulosa", "jeroglíficos", "forma extravagante", "misticismo", "brujería" y "hechizo". El fetichismo es el secreto fundamental de la sociedad moderna, lo que no se dice ni se debe revelar. En eso se parece a lo inconsciente; y la descripción marxiana del fetichismo como forma de inconsciencia social y como ciego proceso autorregulador muestra interesantes analogías con la teoría freudiana. No sorprende, por tanto, que el fetichismo, al igual que el inconsciente, emplee toda su sutileza metafísica y toda su astucia de teólogo para no darse a conocer. Durante mucho tiempo, tal ocultamiento no le fue muy difícil: criticar el fetichismo habría implicado poner en tela de juicio todas las categorías que incluso los presuntos marxistas y los críticos de la sociedad burguesa habían interiorizado por completo, considerándolas datos naturales de los cuales sólo podía discutirse el más o el menos, el cómo y, sobre todo, el "para quién", pero sin cuestionar su existencia en sí: el valor, el trabajo abstracto, el dinero, el Estado, la democracia, la productividad. Sólo cuando la lucha por la distribución de esos bienes había conducido, durante el periodo de posguerra, a una situación de equilibrio en el welfare state fordista, resultó posible colocar en el centro de la atención la mercancía en cuanto tal y los desastres que produce.

Después de Marx, durante muchos decenios, y a pesar de las aportaciones de Lukács, de Isaac Rubin y algunos otros, todo análisis del fetichismo quedó diluido en la categoría mucho más vasta e indeterminada de "alienación"; con lo cual el fetichismo se convertía en un fenómeno de conciencia, en una falsa opinión o valoración de las cosas que de algún modo se podía relacionar con la tan discutida "ideología". Sólo durante la segunda mitad de los años sesenta el concepto de fetichismo, el análisis de la estructura de la mercancía y del trabajo abstracto llegaron a ocupar un lugar destacado en la discusión, sobre todo en Alemania y en Italia.

otros contextos.

Aunque los objetos de tales fetichismos sean mercancías, parece poco probable que ese "fetichismo" cotidiano sea lo mismo que el "fetichismo de la mercancía" de Marx. Por un lado, porque resulta más bien difícil admitir que la mercancía en cuanto tal, y no sólo algunas mercancías particulares, pueda ser entre nosotros, los modernos, objeto de un culto parangonable al que los llamados salvajes rendían a sus tótems y a sus animales embalsamados. El amor excesivo a ciertas mercancías es sólo un epifenómeno del proceso por el cual la mercancía ha embrujado la entera vida social, porque todo lo que la sociedad hace o puede hacer se ha proyectado en las mercancías.

Pero también aquellos a quienes la mercancía no debería parecerles tan "normal", es decir, los presuntos marxistas, se han mostrado poco dispuestos a reconocerse como salvajes. Tal renitencia se vio coadyuvada por el hecho de que el "fetichismo de la mercancía" y sus derivados -dinero, capital, interés- ocupa en la obra de Marx un espacio cuantitativamente muy reducido, y no se puede decir que él mismo lo haya colocado en el centro de su teoría. Además, la definición marxiana del fetichismo, como toda su teoría del valor y del trabajo abstracto, es tremendamente difícil de entender; lo cual no se debe, por cierto, a que Marx fuera incapaz de expresarse, sino al hecho de que, como él mismo dice, la paradoja de la realidad se expresa en paradojas lingüísticas. El desdoblamiento de todo producto humano en dos aspectos, el valor de cambio y el valor de uso, determina casi todos los aspectos de nuestra vida y, sin embargo, desafía nuestra comprensión y el sentido común, quizá un poco como la teoría de la relatividad. Era difícil hacer del fetichismo un discurso para masas, como se hizo con la "lucha de clases" o la "explotación". Además, el análisis marxiano del fetichismo indicaba una especie de núcleo secreto de la sociedad burguesa, núcleo que sólo poco a poco ha venido haciéndose visible; durante casi un siglo, la atención permaneció fijada en los efectos secundarios de la forma-mercancía, tales como la explotación de las clases

LAS SUTILEZAS METAFÍSICAS DE LA MERCANCÍA

Anselm Jappe

Mi intervención será bastante distinta de las otras que aquí se lean. Presentarse a un debate sobre la mercancía para polemizar contra la existencia misma de la mercancía puede parecer tan sensato como acudir a un congreso de físicos para protestar contra la existencia del magnetismo o de la gravedad. Por lo general, la existencia de mercancías suele considerarse un hecho enteramente natural, por lo menos en cualquier sociedad medianamente desarrollada, y la sola cuestión que se plantea es qué hacer con ellas. Se puede afirmar, desde luego, que hay gente en el mundo que tiene demasiado pocas mercancías y que habría que darles un poco más, o que algunas mercancías están mal hechas o que contaminan o que son peligrosas. Pero con eso no se dice nada contra la mercancía en cuanto tal. Se puede desaprobar ciertamente el "consumismo" o la "comercialización", eso es, pedirle a la mercancía que se quede en su sitio y que no invada otros terrenos como, por ejemplo, el cuerpo humano. Pero tales observaciones tienen un sabor moralista y además parecen más bien "anticuadas", y estar anticuado es el único crimen intelectual que aún existe. Por lo demás, las raras veces que parezca ponerse en tela de juicio la mercancía, la sociedad moderna se precipita a evocar las fechorías de Pol Pot, y se acabó la discusión. La mercancía ha existido siempre y siempre existirá, por mucho que cambie su distribución.

Si se entiende por mercancía simplemente un "producto", un objeto que pasa de una persona a otra, entonces la afirmación de la inevitabilidad de la mercancía es sin duda verdadera, pero también un poco tautológica. Esta es, sin embargo, la definición que ha dado toda la economía política burguesa después de Marx. Si no queremos contentarnos con esa definición, hemos de reconocer en la mercancía una forma específica de producto humano, una forma social que sólo desde hace algunos siglos -y en buena parte del mundo, desde hace pocos decenios- ha llegado a ser predominante en la sociedad. La mercancía posee una estructura particular, y si analizamos a fondo los

fenómenos más diversos, las guerras contemporáneas o las quiebras de los mercados financieros, los desastres hidrogeológicos de nuestros días o la crisis de los Estados nacionales, el hambre en el mundo o los cambios en las relaciones entre los sexos, hallamos siempre en el origen la estructura de la mercancía. Conste que eso es consecuencia del hecho de que la sociedad misma lo ha reducido todo a mercancía; la teoría no hace más que tomar nota de ello.

La mercancía es un producto destinado desde el principio a la venta y al mercado (y no cambia gran cosa cuando sea un mercado regulado por el Estado). En una economía de mercancías no cuenta la utilidad del producto sino únicamente su capacidad de venderse y de transformarse, por mediación del dinero, en otra mercancía. Por consiguiente, sólo se accede a un valor de uso por medio de la transformación del propio producto en valor de cambio, en dinero. Una mercancía en cuanto mercancía no se halla definida, por tanto, por el trabajo concreto que la ha producido, sino que es una mera cantidad de trabajo indistinto, abstracto; es decir, la cantidad de tiempo de trabajo que se ha gastado en producirla. De eso deriva un grave inconveniente: no son los hombres mismos quienes regulan la producción en función de sus necesidades, sino que hay una instancia anónima, el mercado, que regula la producción post festum. El sujeto no es el hombre sino la mercancía en cuanto sujeto automático. Los procesos vitales de los hombres quedan abandonados a la gestión totalitaria e inapelable de un mecanismo ciego que ellos alimentan pero no controlan. La mercancía separa la producción del consumo y subordina la utilidad o nocividad concretas de cada cosa a la cuestión de cuánto trabajo abstracto, representado por el dinero, ésta sea capaz de realizar en el mercado. La reducción de los trabajos concretos a trabajo abstracto no es una mera astucia técnica ni una simple operación mental. En la sociedad de la mercancía, el trabajo privado y concreto sólo se hace social, o sea útil para los demás y, por ende, para su productor, a trueque de despojarse de sus cualidades propias y de hacerse abstracto. A partir de ahí, sólo cuenta el movimiento cuantitativo, es decir, el aumento del trabajo abstracto,

mientras que la satisfacción de las necesidades se convierte en un efecto secundario y accesorio que puede darse o no. El valor de uso se transforma en mero portador del valor de cambio, a diferencia de lo que sucedía en todas las sociedades anteriores. Aun así, siempre debe haber un valor de uso; hecho éste que constituye un límite contra el que choca constantemente la tendencia del valor de cambio, del dinero, a incrementarse de manera ilimitada y tautológica. La mejor definición del trabajo abstracto, después de la de Marx, fue dada nada menos que por John Maynard Keynes, aunque sin la menor intención crítica: "Desde el punto de vista de la economía nacional, cavar agujeros y luego llenarlos es una actividad enteramente sensata".

Tal vez la mercancía y su forma general, el dinero, hayan tenido alguna función positiva en los inicios, facilitando la ampliación de las necesidades. Pero su estructura es como una bomba de relojería, un virus inscrito en el código genético de la sociedad moderna. Cuanto más la mercancía se apodera del control de la sociedad, tanto más va minando los cimientos de la sociedad misma, volviéndola del todo incontrolable y convirtiéndola en una máquina que funciona sola. No se trata, por tanto, de apreciar la mercancía o de condenarla: es la mercancía misma la que se quita de en medio, a largo plazo, y tal vez no sólo a sí misma. La mercancía destruye inexorablemente la sociedad de la mercancía. Como forma de socialización indirecta e inconsciente, ésta no puede menos de producir desastres.

Este proceso en que la vida social de los hombres se ha trasferido a sus mercancías es lo que Marx llamó el fetichismo de la mercancía: en lugar de controlar su producción material, los hombres son controlados por ella; son gobernados por sus productos que se han hecho independientes, lo mismo que sucede en la religión. El término "fetichista" ha entrado en el lenguaje cotidiano, y a menudo se dice de alguien que es un fetichista del automóvil, de la ropa o del teléfono móvil. Este uso del término "fetichista" parece vincularse, sin embargo, más bien al sentido en que lo usaba Freud, a saber, el de conferir a un mero objeto un significado emotivo derivado de